
T 33 -SOL
El PLANETOIDE MALDITO
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
VAN S. SMITH


VAN S. SMITH
EL PLANETOIDE MALDITO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito legal: V. 3161 - 1961.
Num. Rgtro.: 6491 - 1961.
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

A quince semanas de la Tierra, la cosmonave de las Reales Fuerzas Aéreas de Su Majestad Británica empezó a descender hacia los ateridos campos de hielo del hemisferio que Ganímedes oponía a Júpiter. Los dos hombres que en la cabina estaban sentados ante los mandos, clavaban los ojos en la imagen del planetoide que hasta ellos llegaba a través de una pantalla de televisión.

-¿Nos habrán detectado en su radar? -murmuró el capitán Conway.

John Fisher tardó un rato en contestar a través del teléfono desde las profundidades de su escafandra de titanio y cristal.

-Es probable -dijo, por no decir «es casi seguro».

Levantó la enguantada mano, pulsó una palanqueta y habló desde su micrófono interior:

-Atención, habla el comandante. Dentro de una hora aterrizaremos en Ganímedes. Ocupe cada uno su asiento, sujétense con los cinturones de seguridad y permanezcan callados. Gracias.

Fisher iba a volver la palanquita a su anterior posición cuando fue detenido por una voz que llegaba por el hilo telefónico hasta sus

auriculares.

-Hola, comandante. Soy Pierson. ¿Qué número de probabilidades tenemos de llegar a Ganímedes salvos y sanos sin haber sido descubiertos por el radar de Bevington?

Fisher repuso secamente:

-Las probabilidades son las mismas ahora que hace tres meses, o acaso un poco menores. Ya hemos hablado de esto otras veces. Discúlpeme.

Un seco «clic» metálico en el tornavoz de la cámara inferior indicó a los cuatro pasajeros que el comandante Fisher había cortado la comunicación.

-Nuestro comandante parece que está de muy mal humor -observó el teniente Pierson apartándose del dictáfono.

-Se siente nervioso a medida que nos acercamos a nuestro destino, eso es todo -dijo el capitán Ashton. Se detuvo con la escafandra entre las manos-. Creo que todos estamos un poco nerviosos. Ocupen sus asientos y colóquense las escafandras.

Los cuatro hombres fueron a ocupar los asientos adosados al muro de una cabina circular de cuatro metros de diámetro. Mientras se ajustaban las escafandras a las aberturas metálicas de sus trajes de presión parcial, una sólida escotilla se cerró automáticamente en el piso en el centro de la cabina, y otra cayó con un chasquido sobre sus cabezas en el techo de la cámara.

-Lo que más molesta de todo esto -observó el teniente Lombard al conectar la clavija de su teléfono interior-, es la sensación de impotencia que uno percibe en este ataúd. Supongamos que esos forajidos de Bevington tuvieran una plataforma lanza-cohetes ahí abajo. ¿Qué podríamos hacer para evitar que uno de esos cohetes atómicos nos destrozara?

-Nada -contestó Ashton lúgubremente-. Tal vez el comandante pudiese hacer algo, aunque imagino que sería bien poco.

Los cuatro hombres se colocaron las escafandras y fueron a amarrarse a los asientos con las sólidas cinchas de lona.

Varios metros más arriba, en la cabina esférica unida al cuerpo principal del cohete por un tubo angosto, cerrado en sus extremos por sendas escotillas, el comandante Fisher y el capitán Conway guardaban silencio mientras escrutaban la negra pantalla del aparato de radar.

Hasta aquí, la cosmonave había venido frenando de una manera suave y constante el enorme impulso cobrado en el viaje durante largas semanas de acelerar con los motores fotónicos, mas había llegado el momento de aplicar un frenado más enérgico.

John Fisher oprimió uno de los botones del brazo de su sillón.

De los «tubos de órgano», nombre que en el argot de los cosmonautas

se designaban las toberas de la base de la máquina, salieron grandes penachos de llamas que arrojaron violentos chorros de gases hacia la superficie de Ganímedes.

El impacto de las fuerzas gravitatorias sobre el organismo de los cosmonautas fue brutal. Fisher sintió hundirse su cuerpo en la gruesa capa de espuma de caucho que formaba el asiento y espaldar de su sillón. Todos sus miembros adquirieron una rigidez de tronco, al mismo tiempo que se hacían tan pesados que no los podía mover. En realidad, el peso de cada tripulante llegó a aumentar nueve veces lo que era normal.

En la cápsula inferior dividida en tres compartimentos superpuestos, destinada al pasaje, tres de los cuatro oficiales de «comandos» se desvanecieron. Sólo el capitán Glasston conservó sus sentidos, si bien la vista se le nubló y encontró sumamente penosa la inhalación del oxígeno que le llegaba a presión por un tubo conectado a su escafandra.

Aquel tirón gigantesco duró justamente tres minutos, al cabo de los cuales los motores se apagaron automáticamente y desaparecieron bruscamente sus demoledores efectos. Pierson, Ashton y Lombard volvieron de su desmayo. Glasston se quejó por teléfono.

-Demasiado fuerte para nosotros, comandante. Si va a haber otra de esas sacudidas, ¿no puede conseguir que sean más suaves?

La voz de Fisher llegó seca hasta los auriculares de los cuatro pasajeros.

-Todos ustedes resistieron hasta diez «ges» en las pruebas preliminares de ensayo. ¿De qué se quejan? No es posible hacer más suaves estos frenazos, excepto a costa de prolongar más tiempo su suplicio.

-Está bien, haga lo que quiera. Después de todo, usted es el comandante -suspiró Glasston.

El segundo frenazo fue tan violento como el primero, pero los pasajeros lo resistieron mejor. Dos veces más se repitió la torturante prueba. La cosmonave, después de estos frenazos, empezó a caer hacia la superficie de Ganímedes atraída por la débil fuerza de gravedad del planetoide.

Por supuesto, Fisher sabía que la llama del combustible que se quemaba en los «tubos de órgano» de la cosmonave producía un vivo resplandor perfectamente visible para un observador desde la superficie de Ganímedes, pero esto era algo que no podía evitar. Con cuatro motores funcionando a la mitad de su potencia, Fisher contrarrestó la fuerza de gravedad del satélite sosteniendo la nave a una velocidad de caída de diez metros por segundo.

A veinte kilómetros de altura, la cosmonave encontró las primeras capas de la atmósfera de Ganímedes. Fisher empezaba a creer que todo iba a acabar en un feliz aterrizaje, cuando el capitán Conway levantó un brazo y señaló a la pantalla de radar.

-¡Allí, comandante!

John alzó los ojos sobresaltado. La pantalla, de forma circular, hacía las

veces de cielorraso de la cabina esférica, mas como los sillones estaban en posición ligeramente reclinada, bastaba a los pilotos echar la cabeza atrás para dominar la pantalla.

En las largas guardias, los sillones se extendían completamente, y de este modo los pilotos descansaban cómodamente teniendo ante sí el gran ojo vigilante del radar que avizoraba el espacio en busca de posibles aerolitos. Esta pantalla estaba cruzada por las líneas de un retículo, más varios círculos numerados de mayor a menor hacia el centro.

Después de haber cruzado el más ancho de estos círculos concéntricos, dos puntos luminosos avanzaban sobre el cristal hacia el centro con prodigiosa rapidez.

Fisher sintió que el corazón le daba un vuelco.

-¿Distancia?

-Doscientos cincuenta kilómetros.

Fisher, las manos crispadas sobre los brazos del sillón, quedó contemplando los progresos de los dos puntos luminosos en dirección al centro del retículo. En la pantalla, el más pequeño de los círculos, en el centro, representaba a la propia cosmonave, lo cual significaba que aquellos objetos representados por puntos luminosos se acercaban en línea recta con aterradora velocidad.

-¿Distancia? -preguntó después de un minuto de tensión.

-Ciento cincuenta kilómetros.

-Van demasiado aprisa para tratarse de aviones. No, no son aviones, sino cohetes. Probablemente cohetes dirigidos.

-¿Con cabeza de combate atómica? -preguntó Conway roncamente.

Fisher no se molestó en contestar siquiera esta pregunta. Por supuesto, él no podía saber si aquellos cohetes llevaban una carga atómica. Le quedaba un minuto para decidir lo que debía hacer. ¿Y qué podía decidir? Si, efectivamente, los cohetes llevaban una carga atómica, el final sería tan rápido que Fisher no tendría tiempo de contestar a la pregunta de Conway: «sí».

En cambio, si los cohetes llevaran una cabeza de combate cargada de explosivos convencionales, no nucleares, acaso valiera la pena tratar de esquivarlos.

La mano de Fisher se movió sobre el brazo del sillón. Su cuerpo estaba bañado en sudor frío, en tanto que sus ojos no se apartaban del negro cristal de la pantalla de radar. ¡Allí venían aquellos malditos cohetes! Tenía que burlarlos o estaban perdidos...

Apretó primero un botón.

Los cuatro motores se apagaron de golpe. La pesada cosmonave, arrastrada por la fuerza de gravedad del planetoide, empezó a caer con un movimiento uniformemente acelerado. Fisher esperaba que esta

estratagema obligaría a los cerebros electrónicos que guiaban los cohetes a realizar una complicada operación matemática, seguida de una maniobra de corrección de rumbo según los nuevos datos obtenidos.

Los cohetes estaban a sólo 25 kilómetros de distancia moviéndose a razón de 100 kilómetros por minuto. Fisher disponía pues de 15 segundos para actuar.

Después de haber dejado que la aeronave cayese como un peso muerto hacia Ganímedes, Fisher apretó el botón de ignición poniendo en marcha todos los motores a la vez.

Los motores tardaron aproximadamente cuatro segundos en responder. Luego, toda la aeronave crujió y se estremeció como si acabara de caer violentamente, desde considerable altura, contra el suelo. Fisher sintió que su cuerpo se hundía más en el acolchado de su sillón. Luego hubo un brutal tirón hacia arriba cuando la cosmonave, vencida la fuerza de inercia que le arrastraba hacia abajo, empezó a elevarse de nuevo... burlando a los cohetes que en este preciso momento llegaban al lugar que la máquina debiera haber ocupado si hubiese seguido cayendo.

En la pantalla de televisión brillaron dos fogonazos enceguecedores. Una mano gigantesca pareció golpear a la cosmonave por un costado desplazándola lateralmente.

Los cohetes, por fortuna, estaban cargados de explosivos no nucleares.

-¡Bravo, los esquivamos! -gritó el capitán Conway con voz aguda.

Fisher apagó los motores. La cosmonave siguió subiendo unos metros más por su propio impulso. Luego se detuvo, se tambaleó y empezó a caer de nuevo hacia Ganímedes.

-Hubo suerte -dijo Fisher entre sus dientes apretados-. Si esos cohetes hubiesen llevado una carga atómica, nada nos habría podido salvar.

En efecto, la cosmonave se encontraba en estos momentos a seis kilómetros de altura, en una atmósfera densa donde una deflagración nuclear habría provocado una onda de choque suficiente por sí sola para desbaratar la aeronave y precipitarla al suelo hecha pedazos.

Mientras la cosmonave caía a velocidad creciente hacia la superficie de Ganímedes, Fisher movió un interruptor restableciendo la comunicación telefónica con los cuatro pasajeros de la cápsula del cuerpo principal del cohete.

Los «comandos» ignoraban siquiera el riesgo en que habían estado.

-Hemos sido descubiertos -informó Fisher concisamente-. Nos dispararon un par de cohetes teledirigidos y probablemente nos lanzarán alguno más antes de cinco minutos. Por desgracia, esto no es un avión que pueda maniobrar esquivando los proyectiles. Estén preparados para saltar apenas toquemos tierra.

La cosmonave caía vertiginosamente. Fisher cerró la comunicación

para ocuparse nuevamente de los mandos. Tenía que frenar la máquina o ésta se estrellaría contra el suelo antes de cinco minutos.

De nuevo encendió los motores-cohete. La cosmonave empezó a reducir su velocidad.

-¡Atención, más cohetes! -avisó Conway.

Fisher levantó los ojos hasta la pantalla de radar. Cuatro pequeños puntos de luz fluorescente acababan de cruzar el borde de la pantalla y avanzaban rápidamente hacia el centro del cristal. Dos de los proyectiles venían rezagados con respecto a los otros dos que iban delante. Fisher sabía que esta vez no los podría esquivar.

Si conseguía perturbar el «cerebro» electrónico que guiaba a los primeros cohetes, los segundos tendrían tiempo de rectificar su ruta y los alcanzarían de lleno.

Empapado de sudor miró al altímetro-radar.

Estaban todavía a 800 metros de altura sobre el campo de hielo. Los proyectiles los alcanzarían antes que pudieran aterrizar.

-Ahí llegan los primeros -dijo Conway silbando entre dientes.

Fisher repitió la maniobra anterior.

Los dos cohetes de vanguardia, sin tiempo para alterar el rumbo, pasaron por debajo de la aeronave y explotaron en el aire.

-¡Cuidado con esos dos, Fisher! -gritó Conway agudamente.

John apagó al mismo tiempo todos los motores, pero la aeronave todavía siguió subiendo debido al impulso tomado y la escasa fuerza de gravedad del planetoide que tiraba de ella.

Los torpedos aéreos eran muy rápidos, mucho más ágiles que la pesada y torpe cosmonave. Los cerebros electrónicos que los guiaban hasta el blanco, trabajando a una velocidad endiablada, habían hecho las oportunas correcciones en breves segundos.

Fisher comprendió que era imposible esquivar aquellos mortíferos artefactos.

Una mano poderosa e invisible pareció coger de través a la aeronave descargando sobre ella un puñetazo ciclópeo. La máquina crujió y se estremeció al mismo tiempo que se escuchaba una poderosa explosión. A no haber estado firmemente sujetos a los sillones por los cinturones, los pilotos habrían sido arrancados de sus asientos para ser lanzados con violencia contra los costados de la cabina.

Las luces se apagaron de golpe, y simultáneamente se desvanecieron las imágenes en la pantalla de televisión.

Envueltos en la oscuridad, paralizados por la idea de su inmediato fin, los pilotos se sintieron caer como piedras abandonadas en el espacio. Un silencio de tumba los envolvió en los breves minutos que duró la angustiosa espera. Ésta se le antojó a John tan larga como una eternidad,

llegando a creer que no iba a llegar nunca el golpe final que los destrozaría contra el hielo...

Pero el golpe llegó. Fue algo terrible.

Un estruendo formidable llenó los oídos de Fisher. Su cabeza golpeó contra el acolchado interior de su escafandra, su espalda se hundió en el respaldo del asiento. Tuvo la impresión de que su sillón era arrancado de cuajo y arrojado al aire contra las paredes de la cabina. A su vez, todos los instrumentos, tableros y cristales que contenía la cabina, eran sacados de sus casillas y esparcidos por todas partes en una confusión y ruido enormes.

La rudeza del golpe debió dejarle aturdido. Durante unos minutos creyó flotar entre densas tinieblas, hasta que lentamente volvió a él la conciencia de su propio existir. Estaba vivo y esto le sorprendió mucho. Tal vez el golpe, como creyó que sería en un principio, resultase a la postre mortal. Tal vez estuviese herido de gravedad, disfrutando de unos instantes de lucidez antes de caer en la sima de la muerte.

Por supuesto, sentía dolores en varias partes del cuerpo. Probó a mover sus miembros. Entonces descubrió que seguía amarrado a su sillón por los cinturones de seguridad.

-¡Conway! -llamó.

Desde alguna parte le contestó un débil quejido.

John estaba tendido de espaldas contra el respaldar de su sillón. Mientras hacía saltar los pasadores de los cinturones notó un extraño movimiento de la cabina. Ésta se balanceaba y, sin duda alguna, estaba volteando con lentitud. En la oscuridad se escuchaba el tintineo de los cristales rotos y el arrastrar de piezas metálicas al cambiar de posición.

Al soltar las cinchas que le sujetaban, John se vio impelido en la oscuridad por una fuerza desconocida que le hizo rodar confundido entre pedazos de vidrios, listones de madera y chatarra.

El piso de la cabina se estabilizó, aunque todavía conservando algo de aquel extraño balanceo que tanto sorprendía a Fisher.

Éste de pronto comprendió. ¡Toda la esfera de la cabina flotaba sobre una superficie líquida!

Y debía haberse separado del cuerpo principal de la cosmonave para que se balancease de aquella forma. ¿Qué había ocurrido entonces?

La cosmonave, al caer sobre el hielo, había hundido la costra helada de algún océano. La esfera de acero que formaba la cabina, por el doble efecto de la explosión del torpedo aéreo y el choque contra el hielo, debió separarse del resto del cohete y flotar hacia la superficie después de una inmersión más o menos larga.

Así, pues, esto quería decir ni más ni menos que, al menos él y Conway, se habían salvado.

Acometido de febril urgencia, Fisher buscó en sus bolsillos el

encendedor de gas. La llama del encendedor le mostró una cabina en caótico desorden. Muchas de las esferas del cuadro se habían salido de sus marcos. El cristal del televisor y la pantalla de radar habían saltado en pedazos. El sillón de Cliff Conway, arrancado de cuajo, yacía de costado con su ocupante todavía prisionero de los cinturones de seguridad. Fisher corrió hacia su compañero.

Lo primero que advirtió fue que el cristal de la escafandra de Conway se había astillado. El copiloto tenía el rostro lleno de sangre.

-¡Cliff!

El herido se quejó. Abrió los ojos y movió los labios. John se arrancó su inútil escafandra, se inclinó sobre Conway y le desembarazó de la suya.

-Caramba, John. ¿Qué ha ocurrido? -murmuró Conway mientras Fisher le libraba de las cinchas de sujeción.

Fisher le explicó en breves palabras lo que a su parecer debía haber ocurrido. Al asir a Conway por un brazo para incorporarlo, éste lanzó un grito de dolor.

-¡No de ese brazo! Creo que lo tengo roto.

-Tenemos que salir de aquí, Cliff. Los que nos derribaron no tardarán en venir en busca nuestra y, por otra parte, no podemos permanecer indefinidamente encerrados en esta esfera.

-¿Y el capitán Glasston? ¿Y Ashton y los demás?

-Ignoro lo que haya podido ocurrirles, aunque lo más probable es que se hundieran con el resto de la aeronave.

Conway buscó el apoyo de la pared. Al desplazar el peso de su cuerpo, la esfera se movió también girando sobre sí misma, cambiando de base. Conway hizo un movimiento para volver a su anterior posición, pero Fisher le detuvo.

-No te muevas, quédate donde estás. La escotilla debe estar bajo el agua. Para escapar por ella tenemos que volver la esfera sobre un lado. Cógete a este tubo, vamos a tratar de voltearla.

Moviéndose con precaución consiguieron hacer girar la esfera hasta que la tarima del piso se levantó verticalmente como una pared.

Llevando el pesado sillón de Conway y algunos objetos más hacia el lado opuesto a la escotilla, Fisher pudo desplazarse al lado contrario y alcanzar el manubrio de la trampilla.

Al abrirse la escotilla penetró hasta el caldeado interior de la cabina un soplo de aire frío. Fisher sacó la cabeza por el agujero.

Tal como supuso que había ocurrido, la cabina esférica flotaba en el mar entre gruesos témpanos de hielo. No se veían restos de la cosmonave, pero escudriñando el mar a la débil luz que les llegaba desde el lejano sol, Fisher pudo descubrir unas burbujas de aire reventando en la superficie del mar, señalando el lugar donde la aeronave se había hundido arrastrando a

los cuatro oficiales de «comandos».

¡Pobre capitán Glasston! ¡Pobres de Ashton, Pierson y el teniente Lombard! El destino había jugado una burla cruel a estos valientes soldados, haciéndoles venir desde la lejana Tierra para morir sepultados en un frío mar de Ganímedes bajo los témpanos de hielo.

Fisher pensó esto, pero inmediatamente alejó de sí este amargo recuerdo dedicado a sus compañeros de aventura. Nada podía hacer por los cuatro valientes oficiales que yacían sepultados en el fondo del mar, pero él y Cliff Conway estaban vivos. Y todavía tendrían que luchar mucho y duro para defender sus vidas si finalmente querían salvarlas.

En consecuencia, Fisher se aplicó a la acción.

CAPITULO II

Cincuenta y cinco horas de marcha a través de los bancos de hielo condujeron a John Fisher y Cliff Conway hasta un páramo pedregoso cuyo suelo se levantaba en ondulaciones, destacando de tarde en tarde algún montículo rocoso más elevado, alternando con charcas pantanosas cubiertas por una delgada película de hielo.

En el horizonte, un rojizo resplandor les hacía de guía. Este resplandor, semejante al que en la Tierra servía de anuncio a la aurora, era producido por la proximidad del disco incandescente de Júpiter, el cual, sin embargo, no se determinaba a asomar por el horizonte.

Esto, en realidad, no ocurría jamás en aquellos desolados páramos. Ganímedes invertía siete días terrestres en dar una vuelta completa alrededor de Júpiter, mas como en el mismo tiempo daba una vuelta sobre su propio eje, de aquí resultaba que el satélite siempre ofrecía a su primario el mismo hemisferio.

Mientras tanto, en el hemisferio opuesto, desde el cual jamás se veía el gigantesco globo de Júpiter, el Sol brillaba en las profundidades del espacio reducido a una pequeña estrella, la cual a aquella distancia sólo enviaba la vigésimo quinta parte de la luz y el calor que recibían los habitantes de la Tierra. Por lo tanto, mientras en el hemisferio calentado por Júpiter se convertía en realidad todo lo que en un invernadero podría producir una temperatura siempre elevada, no tórrida, en el otro hemisferio, iluminado y calentado solamente por el Sol, nada más podían prosperar vegetales modestos como musgos y líquenes.

Esta última región era la que los cosmonautas terrícolas recorrían, tratando de salir de ella para alcanzar la zona de transición desde la cual verían el incandescente borde del gigantesco disco de Júpiter asomando por el horizonte.

El estado de los dos hombres era verdaderamente lamentable. Lo era sobre todo el aspecto de Conway, en cuya pierna habían descubierto una herida no muy profunda, producida al parecer por un objeto punzante de la destrozada cabina, a la que al principio no dieron importancia.

Sin embargo, había algo en la atmósfera de Ganímedes que hacía que cualquier herida, por pequeña que fuese, se emponzoñase rápidamente si no era atendida a tiempo. Faltos de elementos como se encontraban, los cosmonautas no pudieron curar aquella herida. Y ahora, Conway tenía toda la pierna espantosamente inflamada, constituyendo para él un martirio dar un solo paso.

-No puedo más, John, es inútil -sollozó Conway rechazando la ayuda de Fisher para dejarse caer en el suelo-. Sigue tú solo. Conmigo jamás conseguirás salir de este maldito páramo.

-Estás hablando tonterías, Cliff. Sabes que nunca te abandonaré.

-¡Pues entonces dame esa pistola y déjame que me pegue un tiro!

La mano de Conway consiguió alcanzar la pistola ametralladora que Fisher llevaba en una funda de cuero colgando en bandolera.

Fisher le rechazó de un empujón tirándole al suelo. Conway se cubrió el rostro con las manos.

-¡John, mátame... mátame y acabemos de una vez! -sollozó. Luego suspiró y rodó sobre sí mismo extendiendo los brazos.

Fisher se inclinó sobre su compañero. Conway había quedado profundamente dormido, que era precisamente lo que él trató de impedir obligándole a andar incesantemente desde que abandonaron la cabina de su destrozada aeronave. El propio Fisher estaba tan agotado que hubo de hacer un violento esfuerzo para no dejarse vencer por el desaliento y dejarse caer junto a Conway.

La temperatura era de varios grados bajo cero y sus trajes «g», aunque bastaron hasta aquí para mantener el calor de sus cuerpos mientras practicaban el ejercicio de andar, no bastarían para defenderles del frío si se dormían. Fisher sabía muy bien que si cerraba los ojos no volvería a abrirlos, pasando insensiblemente del sueño más profundo a la muerte por congelación.

Fisher esperaba encontrar pronto la región de los líquenes, en el borde de la zona de transición que ya debía estar próxima. Todo lo que pudieron sacar de la cabina era la pistola ametralladora de John. Ni ropas, ni comida, ni botiquín. Hacía aproximadamente sesenta horas que no habían comido, pero lo peor de todo era la herida infectada de la pierna de Conway. John esperaba encontrar líquenes comestibles muy pronto, y tal vez una cueva donde después de comer ambos pudieran dormir y descansar.

Lo malo era que, con aquella pierna a rastras, Conway jamás podría alcanzar el lugar habitado más próximo, una mina de oro norteamericana distante todavía más de mil kilómetros desde el borde de los bancos de hielo de la región polar.

Otra preocupación constante para John era la certeza de que más pronto o más tarde serían buscados por los mismos que derribaron su aeronave. Con vehículos apropiados para esta búsqueda, los forajidos de Bevington podrían recorrer y registrar miles de kilómetros cuadrados de desierto, mientras que él y Conway apenas avanzaban dos kilómetros por hora.

Fisher contempló un instante a su inmóvil compañero. Sacudió la cabeza pesimistamente; «¡Pobre Cliff!». Le dejaría descansar quince minutos como máximo, y luego le obligaría a andar de nuevo arrastrando el tormento de su pierna herida e inflamada.

Mirando a su alrededor, John descubrió no lejos de allí una roca en forma de pan de azúcar que se elevaba varios metros sobre la monótona

ondulación del terreno. John se dirigió hacia aquella roca con el propósito de encaramarse a ella para otear el horizonte. Ya se encontraba muy cerca de la roca cuando de pronto escuchó un zumbido que hizo paralizar los latidos de su corazón.

Corrió hasta el pie de la roca y se echó de bruces al suelo.

En el mismo instante, una máquina aparecía sobre la altura que culminaba una de las ondulaciones del terreno y, zumbando suavemente, se acercaba volando a tres o cuatro metros del suelo por la izquierda de Fisher.

Era un trineo aéreo, palabra inadecuada que designaba a un vehículo en forma de plataforma que se movía sobre «cojines» de aire producidos por unos grandes ventiladores montados en su parte inferior. En Ganímedes, donde los campos de hielo por una parte, y por otra las exuberantes selvas constituían un serio obstáculo para el tendido de carreteras y vías férreas, el trineo aéreo era el vehículo preferido por excelencia.

Accionado por una pila atómica que producía directamente electricidad, el trineo aéreo venía a resultar una máquina utilísima, de rendimiento económico, con la ventaja de poder funcionar largo tiempo sin necesidad de repostar de combustible.

El trineo que acababa de aparecer en escena, de tipo militar, era de cabina descubierta. Como todos los trineos, tenía en la parte central de la plataforma una especie de torrecilla donde, convenientemente aislada por planchas de plomo, estaba contenida la pila atómica. Sobre esta torrecilla iba montada una ametralladora de 20 mm., sobre un soporte giratorio, la cual podía volverse en todas direcciones ocupando el artillero el estrecho pasillo que había en todo alrededor de la pila atómica.

En la parte anterior, protegidos por un robusto parabrisas, iban el conductor y un pasajero. En la parte posterior quedaba espacio disponible para otros tres pasajeros. Un toldo plegadizo podía servir eventualmente para proteger a los tripulantes de la lluvia tan frecuente en el hemisferio tropical de Ganímedes.

En esta ocasión el trineo llevaba plegadas las capotas. Dos hombres, de pie, escudriñaban el paisaje con los prismáticos. Había otro individuo de pie junto a la ametralladora, pero éste no llevaba prismáticos.

Fisher sacó su pistola ametralladora, encajó un largo cargador en la escotadura del arma, introdujo el primer cartucho en la recámara y se dispuso a vender cara su vida.

El trineo vino zumbando en línea recta, al parecer para pasar muy cerca de la alta roca donde se había agazapado John. Lo que Fisher había temido ocurrió. De pronto, uno de los hombres lanzó un grito y señaló con el brazo extendido.

Habían descubierto el cuerpo exánime de Cliff Conway.

Asomando apenas la cabeza por detrás de la roca, John vio cómo el trineo levantaba ligeramente la proa para hacer más enérgica la operación de frenado que el conductor ejecutó inmediatamente. Ahora bien, un trineo que resbalaba sobre cojines de aire no podía detenerse con la misma prontitud que un automóvil que rodara sobre sus neumáticos.

El trineo, por el impulso que llevaba más el que le proporcionaba el viento que soplaba de popa, siguió deslizándose suavemente mientras sus tripulantes hablaban excitadamente:

-¡Allí veo un hombre tendido, Pusk! ¡Da la vuelta a la izquierda!

El viento trajo distintamente las palabras de los tripulantes del trineo hasta los oídos de John:

-¿No hay más que uno? Cuidado, Pusk, el otro puede estar escondido por aquí cerca. Quizás estén armados. Da la vuelta a esa roca y pon proa al viento.

¡Iban a dar la vuelta a la roca donde estaba escondido Fisher!

Apresuradamente John retrocedió hacia la parte derecha del peñasco. Los tripulantes del trineo no le habían visto todavía, pero recelaban su presencia y acabarían por descubrirle si su trineo daba la vuelta a la roca más aprisa que Fisher.

La roca, aunque alta, era más bien estrecha.

Al menos por aquel lado de la base estaba casi cortada a pico, lo que favoreció el movimiento de Fisher. Al mismo tiempo que el trineo daba la vuelta a la roca, Fisher la rodeaba por el lado contrario interponiendo siempre el peñasco entre él y el trineo.

-¡Está bien, Pusk, para aquí! -se oyó gritar a una voz.

John asomó con precaución por detrás de la roca. El trineo acababa de detenerse en el aire al tropezar con el huracán que le daba de cara. Antes que el fuerte viento arrastrara la máquina, el conductor paró los rotores. El trineo tocó tierra y los tripulantes se dispusieron a saltar.

Eran cuatro en total, incluido el conductor. Todos vestían gruesas chaquetas de cuero negro, por las que asomaban las altas botas y los calzones verdes con costura dorada del uniforme de la gendarmería de Bevington. Se cubrían con cascos de acero protegidos por un forro verde y estaban formidablemente armados con pistola, subametralladora y granadas de mano.

El que parecía mandar la patrulla saltó a tierra y dijo al conductor después de mirar desconfiadamente en torno:

-Quédate de vigilancia junto a la ametralladora, Pusk. Vosotros, venid conmigo.

Los tres hombres se alejaron haciendo crujir los guijarros bajo sus fuertes botas. Conway, ignorante de cuanto ocurría, seguía roncando plácidamente tendido en el suelo a unos treinta metros del trineo. El

hombre que respondía por el nombre de Pusk quedó de pie junto a la ametralladora.

Al alejarse la patrulla cobró mayor fuerza el zumbido de la pila atómica del trineo, así como el silbido del viento haciendo aletear uno de los toldos del vehículo. ¿Qué ocurriría ahora?

Fisher casi estaba dispuesto a dejar que los «bevines» apresaran a Conway, considerándolo como del mal el menos. Tal vez los «bevines» se portaran bien con Cliff, llevándolo en su trineo a su campamento para proporcionarle atención médica, buena cama y comida caliente. De todos modos, ¿cómo podía él impedir que los gendarmes capturaran a Cliff?

Tal vez, se dijo, incluso debiera él mismo entregarse a los gendarmes. Al fin y al cabo, ¿qué objeto tenía ya continuar huyendo? La misión que les trajo a Ganímedes se había malogrado definitivamente después de la pérdida de la cosmonave y la muerte de los cuatro oficiales de comandos. Fisher sólo era un piloto cosmonauta. ¿Qué podía hace él solo, con la impedimenta de un herido? Conway moriría engangrenado si no recibía asistencia médica adecuada antes que fuese demasiado tarde. Y en cuanto a él...

Un disparo interrumpió las reflexiones de John. Un presentimiento terrible le impulsó a dar un salto adelante para mirar en dirección a los gendarmes que habían salido en busca de Conway.

Los tres hombres rodeaban al exánime Conway. Uno de ellos apuntaba al desdichado muchacho con su metralleta... Sonó otro disparo.

¡Estaban rematando a Conway a sangre fría! Ni siquiera le dieron oportunidad para que abriera los ojos y supiera de dónde le llegaba la muerte.

La indignación dejó momentáneamente paralizado a Fisher. Había abandonado el resguardo de la roca y estaba en terreno descubierto un poco detrás del trineo.

Inesperadamente, el hombre que estaba sobre el trineo junto a la ametralladora volvió la cabeza y le vio.

El hombre lanzó un grito agudo y saltó hacia la ametralladora.

Fisher levantó el cañón de su pistola ametralladora y disparó.

El conductor del trineo, alcanzado por la rociada de balas, se tambaleó asiéndose al borde de la torrecilla que montaba la ametralladora. Luego cayó.

Dejándose llevar de su impulso, ciego de rabia y de odio, Fisher corrió hacia el trineo. Los asesinos de Conway se volvieron alarmados por el ruido de los disparos. John se detuvo junto al trineo. Desde la cadera disparó una ráfaga con su pistola ametralladora.

Todas las balas dieron cortas levantando los guijarros a los pies de los gendarmes. Los tres hombres se apresuraron a dispersarse arrojándose al

suelo.

La pistola de John dejó de disparar después de consumir el último cartucho del cargador. John no disponía de más munición para la pistola. Arrojó la ya inútil arma y se encaramó al trineo de un brinco. El conductor del trineo yacía en una posición violenta en el estrecho pasillo entre la torrecilla y el costado del vehículo. John empuñó la pesada ametralladora.

Los gendarmes se habían levantado y corrían a grandes zancadas en dirección al trineo.

-¡Asesinos! -rugió Fisher entre sus dientes apretados.

Apuntó y disparó.

Los pesados proyectiles de 20 mm. hicieron saltar los guijarros detrás de los hombres que corrían. Dos de ellos cayeron segados por las balas. El tercero se arrojó de bruces al suelo e hizo fuego con su metralleta.

Las balas pasaron zumbando sobre la cabeza de Fisher.

John impulsó la pesada ametralladora volviendo el cañón contra su enemigo. Disparó. Las balas hicieron saltar los guijarros ante la cara del gendarme.

El hombre saltó en pie, arrojó su metralleta y levantó los brazos gritando agudamente:

-¡No dispare! ¡No dispare!

Fisher, implacable, apretó el gatillo mientras gruñía entre dientes:

-Te daré las mismas oportunidades que vosotros le distéis al pobre Cliff.

El hombre se derrumbó como un saco, destrozado por los proyectiles de 20 milímetros.

Por encima de la ametralladora, Fisher miró hacia los tres hombres que yacían desparramados por el terreno. El silencio que siguió al estrilando de los disparos pareció hacerse entonces más siniestro, más profundo y agobiador. Sólo se escuchaba el suave zumbido de la pila atómica que seguía generando electricidad, y el silbido del viento al barrer el páramo árido y desolado.

Fisher soltó la ametralladora. Saltó del trineo y se dirigió hacia el lugar donde yacía Cliff Conway. Al pasar junto a los dos hombres que había derribado de la primera descarga de ametralladora se detuvo para examinarles. Los dos estaban muertos.

Fisher se acercó al gendarme que inútilmente le había pedido clemencia. También estaba muerto.

Y también estaba muerto Conway, con una bala en la espalda y otra en la nuca. John le volvió boca arriba para verle el rostro. Cliff conservaba los ojos cerrados. Pasó del sueño al más profundo sueño de la muerte sin darse cuenta siquiera.

-¡Pobre Cliff! -murmuró John para sí.

En el fondo, su conciencia le recriminaba por haber dejado morir a su compañero a manos de aquellos locos asesinos. ¿Cómo pudo confiar jamás que aquella gente respetara la vida de Cliff, como tampoco la suya? Lo que hizo después que mataron a Cliff era lo que debió haber hecho antes. Cliff estaría vivo todavía, o los dos estarían muertos.

Lleno de amargura y rencor contra sí mismo, Fisher regresó junto a los cadáveres de los gendarmes. Uno de éstos llevaba en la manga de la chaqueta los galones de sargento. John le desabrochó el cinturón, abrió la chaqueta de cuero y registró sus bolsillos, incautándose de un mapa plegado en varios dobleces.

Con el mapa en la mano regresó al trineo, se asomó a la carlinga y echó un vistazo a la brújula giroscópica. La brújula seguía funcionando.

Desplegó el mapa. Lo primero que descubrió fue que alguien había trazado una ruta a lápiz desde un punto señalado con la palabra «campamento» a otro lado marcado con una cruz. A partir de la cruz, una línea de puntos en zigzag parecía corresponder a la ruta seguida por el trineo. La cruz, probablemente, indicaba la posición de la cosmonave del propio Fisher.

Después de estudiar el mapa y compararlo con las indicaciones de la brújula giroscópica, John llegó a la certidumbre de que la brújula señalaba el único punto al cual él no debía dirigirse; es decir, el campamento de las fuerzas de Bevington desde el cual había salido el trineo en busca de los supervivientes de la cosmonave.

Sin mucho esfuerzo, Fisher adivinó en aquel «campamento» una estación de radar para la vigilancia del espacio y una plataforma de lanzamiento de cohetes teledirigidos.

Entre los datos consignados en el mapa, estaba la mina de oro denominada «Vulcano», a la cual pensaban dirigirse los «comandos» británicos en busca de un trineo que les llevara a la capital del reino de Bevington.

Pensando con amargura en su fracasado plan, Fisher volvió a plegar el mapa y lo guardó en su bolsillo.

Adosada a un costado del trineo, sujeta por dos correas, había una pala. John desabrochó las correas, y con la pala en la mano se dirigió de nuevo al lugar donde había quedado el cadáver de Cliff Conway.

CAPÍTULO III

Antes de determinarse a entrar en los terrenos de la mina, John Fisher hizo avanzar el trineo a muy baja altura sobre el suelo, dando una vuelta completa alrededor de la factoría mientras escudriñaba desde lejos con los prismáticos.

La ausencia de toda actividad, finalmente, le animó a acercarse. Sin embargo debiera haber sido lo contrario, ya que carecía de toda utilidad práctica visitar una mina desierta donde no había de encontrar amigos que pudieran ayudarle.

Ante John, un canto del gigantesco disco de Júpiter asomaba entre la bruma por detrás del horizonte. La mina «Vulcano», como casi todas las que estaban en explotación en Ganímedes, se hallaba situada en plena zona de transición. Aquí los oblicuos rayos de Júpiter, asomando apenas del horizonte, iluminaban sin llegar a calentar. Las bajas colinas, de perfiles redondeados por la acción milenaria del viento que continuamente soplaba en aquellas latitudes, estaban cubiertas de musgos de un color verde oscuro, casi negro.

Asegurándose la correa del casco de acero bajo la barbilla, John pisó a fondo el acelerador y guió su trineo en línea recta hacia las torres metálicas que señalaban el emplazamiento de los pozos de la mina.

En lo más alto del complejo edificio donde habían estado los molinos del mineral, un rótulo de grandes letras metálicas indicaba: «Vulcano Mining Co. London». El nombre «Vulcano» correspondía tanto a la mina en sí como a la compañía minera británica que la explotaba.

Lo que John vio de cerca vino a corroborar lo que ya había visto de lejos con los prismáticos. La mina, evidentemente, había sido abandonada. El musgo había comenzado a crecer sobre las rodaduras del último tractor que pasó por el camino ante los barracones. Aquí y allá se veían vagonetas en principio de oxidación, montones de raíles, locomotoras eléctricas, grúas y máquinas excavadoras en posición de haber sido paradas cuando se encontraban en pleno trabajo.

Los trenes de vagonetas, por ejemplo, todavía estaban cargados de mineral, tal y como debieron salir de los montacargas de los pozos de la mina.

Había varios barracones de madera desparramados por el terreno, uno de ellos destruido por el fuego, los restantes con las puertas abiertas batiendo a impulsos del viento, los cristales rotos, la madera de las paredes acusando el impacto de los balazos.

Al detener John su trineo y posarlo en tierra, al callar el zumbido de los rotores, un silencio opresor quedó flotando en el aire. Algunas puertas y ventanas batían con ruidosos golpetazos, y el viento silbaba entre el

esqueleto metálico de las torres de la mina. John cogió una de las metralletas ocupadas a los gendarmes que mató y saltó al suelo.

Aunque no le cupo duda de que la mina estaba abandonada, fue una rara sensación la que sintió, tal como si gravitara sobre su nuca el peso de una mirada invisible. ¿Sería posible que quedase alguien en la mina, tal vez un vigilante encargado de cuidar del material abandonado?

John anduvo unos pasos alejándose del trineo, se detuvo de pronto y se volvió en redondo...

De uno de los barracones situados al otro lado del camino llegó un ruido como de un cajón, una silla o algún otro mueble al ser derribado contra la tarima de madera.

La puerta del barracón estaba cerrada, pero una de las ventanas tenía los postigos entreabiertos.

-¿Quién anda ahí? -gritó Fisher apuntando con su metralleta a la ventana.

Nadie contestó.

John dudó entre acercarse al barracón o saltar a la carlinga del trineo y salir a toda prisa. ¿Habría alguien escondido dentro del barracón? En este caso no serían los gendarmes de Bevington, o al menos no parecía probable que lo fueran. Por consiguiente si se marchaba, corría el riesgo de perder la oportunidad quizás única de conocer algún amigo.

Por otro lado, si echaba a correr hacia el trineo, era muy posible que se viera interrumpido en plena carrera por una ráfaga de ametralladora.

Claro que también podían disparar contra él si se acercaba al barracón.

-Si hay alguien ahí, quiero que sepa que soy un amigo -dijo John en voz alta mirando hacia el barracón-. Salga sin miedo, quienquiera que sea.

El silencio más absoluto fue la única respuesta que John obtuvo. La situación era embarazosa, casi ridícula. Bien podía ser que no hubiera nadie en el barracón, después de todo.

John avanzó paso a paso hacia la puerta de la vivienda. Ésta tenía a todo lo largo de la fachada un entarimado de madera protegido por un porche a estilo de las viejas casas del Oeste americano. John alcanzó la acera de tablones. Empujó la puerta suavemente con la mano. Estaba cerrada.

Fisher se decidió por la acción rápida. Levantó la pierna, aplicó una terrible patada a la puerta y saltó dentro del barracón con la metralleta amartillada.

Un objeto duro le golpeó en el hombro apenas hubo traspuesto el dintel. La fuerza de aquel golpe le hizo caer de rodillas.

Todo ocurrió con la rapidez del relámpago.

Un hombre saltó desde la oscuridad de un rincón con la agilidad de un gato. John levantó el cañón de su metralleta y disparó. Un solo tiro salió

por el cañón del arma, aunque fue suficiente para alcanzar al hombre que estaba en el aire.

Simultáneamente descargaron contra John un golpe fuerte con una silla. La silla se hizo pedazos contra el casco de acero de John, al mismo tiempo que el hombre que estaba en el aire caía encima de él.

El hombre y John rodaron por la tarima. Una pesada bota apresó la muñeca de John contra el piso, obligándole a soltar la metralleta. Otras manos cogieron el brazo izquierdo de Fisher y se lo retorcieron doblándoselo a la espalda.

La propia metralleta de John le apuntó a la cabeza. Alguien lanzó un grito agudo. Otra voz gritó:

-¡Espera, Merrill, no lo mates todavía!

-¡Bill, Bill! -chilló una voz de mujer.

Una sedosa melena rubia cayó como una cortina ocultando el rostro de una mujer que iba a inclinarse sobre el hombre derribado por John. Un individuo gigantesco, con una barba roja, fue a situarse al lado del hombre que tenía la metralleta. John advirtió el pesado cinturón canana del pelirrojo, del cual colgaba un viejo revólver «Colt».

-¿De modo que eres uno de esos cerdos fanáticos de Bevington? -dijo el gigante con retumbante voz-. ¿Has venido solo?

-Sí -contestó John desde el suelo.

-Te lo advierto, polizonte. Si Bill Sebring muere, tú colgarás por el gaznate del gancho de una de esas grúas que hay afuera.

-¡Wayland, venga aquí! ¡Mi hermano se muere!

Era la voz angustiada de la mujer la que llamaba. John volvió la cabeza. Vio un lindo rostro de mujer muy pálido, enmarcado por la abundosa mata de pelo rubio, unos rojos labios entreabiertos y unos diáfanos ojos azules cuajados de lágrimas. El gigante se movió en dirección al hombre que yacía en el suelo. Fisher intentó aclarar la confusión, pero el individuo que le sujetaba por detrás le retorció el brazo con más fuerza haciéndole arrancar un gemido de dolor.

-¡Me va a romper el brazo! -chilló John.

-¡La crisma te voy a romper, ladrón, como hayas matado a Sebring!

El hombre que estaba ante Fisher apuntándole con la metralleta ordenó:

-Quítele la pistola, Bryant, y regístrele por si lleva alguna otra arma.

Bryant desabrochó el cinturón de John arrancándoselo de un tirón junto con la pistola y las granadas unidas a él. Le cacheó los bolsillos.

-Y ahora, levántate -ordenó Merril.

El hombre que estaba detrás de John le cogió por los hombros y le puso en pie de un tirón. Fisher pudo ver entonces a un sujeto de anchas espaldas, de cuello corto y cabeza pequeña, el cual le contemplaba malévolamente con unos ojillos negros medio ocultos por unas pobladas cejas.

El gigante de la barba roja regresó junto al grupo.

-Bill tiene un balazo en el estómago -dijo en voz baja-. Temo que no podamos hacer nada por él.

Los ojos de los tres hombres se clavaron acusadores en Fisher.

-Bueno, si ustedes me dejan explicar... -dijo John.

-Sacadle fuera -ordenó Wayland-. Luego nos ocuparemos de él.

Un empellón del individuo que respondía por el nombre de Bryant hizo salir a John dando vueltas por la puerta del barracón. Apuntándole con una escopeta, Bryant le siguió afuera.

-Te has lucido, amigo -dijo Bryant clavando en John sus ojillos, agudos como puñales-. No hay fuerza humana capaz de impedir que yo te despache para el otro barrio. Y esto es algo que voy a hacer con mucho gusto.

El dedo de Bryant estaba sobre el gatillo de la escopeta. Fisher le miró a los ojos sin pestañear.

-¿No te importa mucho, eh? -rugió Bryant-. ¿Has visto alguna vez un hombre destrozado por una escopeta?

-Cometen ustedes un error. Yo no soy lo que ustedes se figuran. No soy un gendarme de Bevington ni nunca lo he sido. Mi nombre es John Fisher, comandante de las Reales Fuerzas de Su Majestad.

-¿Entonces eres un desertor?

-¡Desertor yo! ¡No, por Dios! -protestó Fisher-. Hasta hace tres días era el piloto de una cosmonave de las Reales Fuerzas Aéreas que los torpedos de Bevington derribaron cuando estábamos aterrizando.

John relató resumidamente sus aventuras sin dar tiempo a Bryant de interrumpirle. Aunque el hombre escuchaba con desgana, más bien atento a los sollozos de la muchacha que llegaban del barracón y los gemidos del herido Sebring, las palabras de John penetraron en sus oídos.

-¿Cómo quiere que me crea ese cuento? -gritó finalmente-. Lleva uniforme de «bevin» con galones de sargento.

Fisher tuvo que explicar entonces cómo, habiendo resultado inadecuado su traje de cosmonauta para andar por tierra, cambió aquél por el cómodo uniforme y el chaquetón de cuero del sargento que mató.

-Todavía puede ver los agujeros de bala que hice en estas ropas al disparar contra el sargento -terminó diciendo Fisher.

Pero Bryant ahora no le escuchaba a él sino a las voces y los sollozos que salían del barracón. Wayland salió por la puerta inclinando ligeramente la cabeza y se acercó a Bryant y a Fisher.

-Bill Sebring ha muerto -anunció sombríamente. Miró a John y preguntó-: ¿Quién es usted?

-Me llamo John Fisher, comandante de las Reales Fuerzas Aéreas de Su Majestad. Soy piloto especializado en cosmonave. Vine a Ganímedes en acto de servicio, pero mi cosmonave fue alcanzada por los torpedos robot y

destruida sobre los bancos de hielo. Nuestros pasajeros se hundieron en el mar con la máquina. Solamente mi copiloto y yo pudimos salvarnos. Mi compañero se rompió un brazo y se hirió en una pierna. Su herida se infectó. Más tarde nos alcanzaron los gendarmes de Bevington que recorrían el páramo buscándonos. Mataron a mi compañero. Yo tenía una pistola ametralladora. Disparé contra el gendarme que había quedado al cuidado del trineo, subí a éste y me apoderé de la ametralladora. Con ella maté a los tres gendarmes que quedaban, me puse el uniforme y la chaqueta de uno de ellos y vine en busca de ayuda hasta aquí.

Wayland guardó silencio sin dejar de mirar a Fisher. Mientras tanto, el joven alto y moreno que había arrebatado la metralleta a John salió por la puerta del barracón y se detuvo junto al gigante pelirrojo.

-No le falta imaginación a este cerdo -dijo Merril-. Aunque nada le salvará de la rociada de balas que voy a meterle en la barriga...

La muchacha salió en este momento. Tenía el rostro húmedo de lágrimas, y en la mirada que dirigió a Fisher estaba impreso todo el odio que una mujer apasionada sólo es capaz de sentir en determinados momentos.

-¡Asesino! -gritó a la cara de John. De pronto le arrebató a Merril la subametralladora y volviéndose con agilidad felina, encañonó a Fisher dispuesta a barrerle con una rociada de balas.

-¡Ágata, no haga eso! -gritó Wayland tratando de llegar hasta la muchacha.

Pero Merril se interpuso entre la chica y el gigantesco Wayland.

Fisher vio claramente su sentencia de muerte impresa en el pálido rostro de la chica. Se tiró al suelo al mismo tiempo que la ametralladora escupía un chorro de llamas, rodó y fue a dar contra las piernas de la muchacha, a la cual derribó.

Merril lanzó un rugido de rabia y saltó sobre la espalda de John esgrimiendo un cuchillo. Bryant fue más rápido y le descargó un golpe en el brazo con el cañón de la escopeta; Merril cayó a su vez, pero saltó inmediatamente en pie con un grito de rabia.

-¿Se han vuelto locos? ¡Este bandido asesinó a Sebring! ¿Cómo le defienden todavía?

Wayland arrancó la metralleta de manos de la muchacha, asió a ésta por un brazo y la puso en pie de un tirón. Este alarde de fuerza podría haberlo hecho también otro, teniendo en cuenta la sensible disminución de pesos a causa de la débil fuerza de gravedad de Ganímedes.

-Cálmese, Ágata -dijo Wayland-. Después de todo, puede que estemos equivocados respecto a este hombre. Él asegura ser un piloto de astronave de la RAF.

-¿Quién cree ese cuento? -chilló Merril furioso.

-Una historia tan minuciosa no puede inventarse en un minuto de angustia para salvar la propia vida -repuso Wayland-. Además, hay una forma de comprobarla.

-¿Sí?

-Fisher, si éste es su verdadero nombre, ha traído consigo un trineo. Nada nos impide tomar ese trineo y regresar al punto donde este hombre asegura que mató a esos gendarmes.

-¡Ese hombre mató a mi hermano! -gritó la señorita Sebring-. ¡Él debe morir también!

-No, señorita Sebring.

-¡Cómo! ¡Creí que apreciaba usted a mi hermano!

-Le apreciaba como usted no puede imaginar. Era el mejor de mis ingenieros y demostró ser un valiente. Sin embargo, no debemos permitir que el dolor que nos causa su pérdida nos ciegue hasta el punto de llevarnos a cometer una lamentable injusticia. Este hombre oyó el ruido de la silla que usted derribó, entró en el barracón y fue atacado por personas que él ignoraba si eran amigas o enemigas. Tenía derecho a defenderse y eso fue lo que hizo. Si realmente es un piloto británico recién llegado a Ganímedes, no debemos considerar la muerte de Bill como un asesinato, sino más bien como un desdichado accidente.

-¿Qué piloto británico ni qué narices? -chilló Merril-. ¡Estoy seguro que es un impostor!

Wayland dijo secamente:

-Si es un gendarme de Bevington, yo mismo le meteré una bala en el estómago para que tenga la misma dolorosa agonía de Bill.

Se produjo un largo, amenazador silencio en torno a Fisher.

-Enterremos a Sebring -dijo el gigante pelirrojo.

-¿Qué hacemos con este tipo? -preguntó Bryant.

-Átale con una cuerda.

-Vamos, «comandante» -dijo el rudo Bryant empujando a John con el cañón de la escopeta.

Los lindos ojos de la señorita Sebring siguieron llenos de odio a Fisher mientras éste se alejaba marchando delante de Bryant. A John le habría gustado disculparse ante la muchacha, decirle cuánto lamentaba haber matado a Bill Sebring en la confusión de la lucha en el barracón. Y le habría gustado hacerlo aun sabiendo que ella jamás le perdonaría, y que en adelante, cada vez que le mirara a él, ella sólo vería a su través al hombre que dio muerte a su hermano.

CAPÍTULO IV

El cansancio de tantas horas de tensión venció finalmente a Fisher apenas le hicieron sentar en el asiento del compartimento posterior del trineo al lado de Elmer Bryant. Antes de subir al trineo, John había entregado a Wayland el mapa donde figuraba la ruta a seguir hasta el punto donde él se apoderó del vehículo.

Obligado a avanzar contra el viento, el trineo aéreo progresó con mucha lentitud a través de los páramos primero, y luego de los campos de hielo.

Fisher durmió como un tronco. Cuando despertó encontró que estaba tendido en el compartimento de equipajes de la parte de atrás del trineo. La máquina se había detenido y descansaba sobre el suelo firme. Por encima de John, el viento hacía ondular el toldo de lona que le cubría.

Le habían echado una manta.

John apartó la manta, se incorporó sobre las rodillas y miró por encima del respaldo del asiento. Vio a la señorita Ágata Sebring de pie en el angosto corredor al lado de la torrecilla. Ella volvió la cabeza y le miró.

-¿Dónde estamos? -preguntó Fisher.

La muchacha, por toda respuesta, le volvió desdeñosamente la espalda. John echó atrás la capota y miró a su alrededor.

Vio que se encontraba en el mismo lugar donde varias horas atrás había librado combate contra los gendarmes. Bryant manejaba una pala amontonando guijarros. Más cerca, Wayland venía hacia el trineo con los brazos ocupados por un montón de uniformes verdes y chaquetones de cuero.

Entre Wayland y Bryant, Merril Bancroft tomaba del suelo un par de subametralladoras, varios cintos repletos de cartuchos y granadas de mano y algunos pares de botas.

Wayland sonrió al llegar junto al trineo y arrojar el montón de ropa por la borda al compartimento de equipajes.

-Dejó abandonado usted un equipo precioso, comandante. Las prendas de vestir escasean mucho en Ganímedes, y no digamos de las armas y las municiones.

-¿Han enterrado a los muertos? -interrogó señalando con la cabeza los pequeños montículos de guijarros.

-Lo creímos conveniente a fin de no dejar rastro. Los gendarmes echarán en falta este trineo y saldrán en su busca, pero nunca sabrán qué se hizo de él. Por cierto, desenterramos a su compañero para verle la cara. Luego lo volvimos a enterrar. ¿Dónde cayó su cosmonave?

-A unos cien kilómetros de aquí. La cosmonave hundió la capa de hielo y fue a parar al fondo del mar. La esfera que formaba la cabina salió a flote y pudimos ganar los témpanos y salir de ella. ¿Se propone ir allá para

convencerse de la veracidad de mi historia?

-No, creo que ya es suficiente. Supongo que traería usted un pasaje formado de personas importante. Puede decirse que todas las aeronaves que había disponibles han estado llegando últimamente a Ganímedes transportando gente que huía de la peste que azota la Tierra. Yo soy inglés. Espero que sus pasajeros no fueran los reyes de Inglaterra.

-No, no eran los reyes. Eran cuatro oficiales de comandos. ¿No lo saben ustedes? La peste está siendo dominada en la Tierra. La gente ya no huye por temor a esa enfermedad.

-¿Qué me dice? ¿Oye usted esto, Ágata? Los científicos descubrieron al fin el medio de combatir la peste. ¡Tal vez sus padres se hayan salvado! -exclamó Wayland lleno de júbilo.

Bancroft y Bryant llegaban en este momento y se detuvieron a escuchar muy interesados.

-Esperemos que después de esto se restablezca la normalidad y envíen soldados para castigar los desmanes de ese loco Bevington -gruñó Bryant.

-¿Dijo usted que traía a unos oficiales de comandos en su aeronave, señor Fisher? -preguntó Wayland-. ¿Quiere decir que las Naciones Unidas se han decidido al fin a tomar cartas en el asunto y ha empezado el desembarco de tropas para poner freno a las atrocidades de Bevington?

Fisher movió negativamente la cabeza.

-Por desgracia, las Naciones Unidas todavía tardarán en estar en condiciones de enviar tropas expedicionarias a este planetoide. No son soldados lo que nos faltan, sino aeronaves de transporte en número suficiente para traer un ejército de invasión capaz de medirse con la gendarmería de Bevington. La peste, cuando amenazaba con aniquilar a toda la Humanidad, impulsó a los gobiernos de toda la Tierra a poner a salvo a las personas que eran depositarias de lo mejor de nuestra civilización. Filósofos, escritores, científicos, sabios y profesores de todas las ramas del saber humano fueron invitados a ocupar un pasaje en las cosmonaves disponibles y enviados a Ganímedes. Todas las aeronaves que llegaron a este planetoide fueron apresadas una tras otra por Bevington. En consecuencia, Bevington tiene la única flota de aeronaves de importancia del mundo, al mismo tiempo que retiene prisioneras a todas las notabilidades que llegaron tripulando esas cosmonaves. Habrán de pasar al menos tres años antes que entre todas las naciones terrícolas puedan reunir una flota de consideración para enviarla contra Bevington. Pero en el mismo tiempo, Bevington puede acabar de montar su industria bélica y crear un nuevo ejército que, aun siendo pequeño, resulte muy superior al que las Naciones Unidas pueden enviar en una flota de aeronaves.

-Así pues, es cuestión de tiempo que la justicia de nuestras instituciones terrestres alcance al fin a ese granuja. ¿Cómo llegaron a enterarse en la

Tierra de los desafueros cometidos por Bevington aquí en Ganímedes?

-¿Cuánto tiempo llevan ustedes incomunicados con el resto del mundo? -preguntó Fisher.

-Prácticamente desde que los fanáticos de Bevington destrozaron la estación de radio transplanetaria de los americanos. Hasta entonces nos habíamos servido de esa emisora para enviar despachos a la Tierra, y por su conducto recibíamos órdenes de nuestra Compañía. Posteriormente nos comunicamos por radio con otras minas inglesas, norteamericanas y europeas. Circulaban rumores de la gran mortandad que a causa de la peste se estaba produciendo en la Tierra. Luego, Bevington declaró la guerra santa contra todos los «infieles». Las minas empezaron a ser asaltadas y los reclusos que trabajaban en los yacimientos fueron puestos en libertad por las huestes de Bevington. En Resurrección, la capital de Bevington, las turbas asaltaron los consulados y lincharon a los encargados de negocios de las embajadas y sus familias. Nuestra mina corrió la misma suerte que las demás. Casi todos los guardianes desertaron ante la inminencia del asalto de las huestes fanáticas de Bevington, y al marcharse se llevaron nuestros trineos, las armas y la mayor parte de nuestras reservas de víveres. Finalmente fueron los gendarmes de Bevington quienes se presentaron con una orden para dejar en libertad a todos los reclusos. Los presos se marcharon llevándose nuestros tractores y camiones. Quedamos solos, sin armas para defendernos, sin apenas víveres. Hasta nuestra emisora de radio se llevaron. Entonces decidimos abandonar la mina y escondernos en las montañas, de eso hace alrededor de medio año. Pudimos sobrevivir a duras penas cazando con la escopeta de Bryant, pero finalmente hasta las municiones se nos terminaron. Habíamos dejado escondido en la mina un pequeño depósito de víveres y municiones que no pudimos llevar la primera vez. Cuando estábamos sacando aquel tesoro llegó usted con su trineo y nos escondimos. El resto ya lo sabe.

-Entonces, ustedes no saben que fue Bevington quien provocó la peste.

-¡Oh, no! -exclamó Wayland incrédulamente.

-Como ustedes recordarán, Bevington se había proclamado a sí mismo profeta de una nueva fe basada en el arrepentimiento de los hombres y el retorno a las viejas costumbres y el tradicional modo de vivir de los pueblos de la antigüedad. Bevington insistía en atribuir al progreso todos los males que padece la sociedad actual, profetizando el próximo aniquilamiento de la Humanidad pecadora como en otros tiempos había sido aniquilada por el Diluvio Universal. Bevington, que había gastado toda su enorme fortuna construyendo algunas cosmonaves de gran tamaño, se arrogó a sí mismo el papel de moderno Noé, y ofreció a todo el que quisiera seguirle la salvación en la «nueva tierra de promisión y arrepentimiento» que es como él llama a Ganímedes. Pues bien, las

cosmonaves que volvían de Ganímedes para tomar nuevos cargamentos de prosélitos en la Tierra, sembraban las altas capas de la atmósfera de bacterias obtenidas en el laboratorio particular de Bevington por biólogos e investigadores secuestrados o llevados allí con mentiras y engaños.

-¡Oh, maldición! -exclamó el rudo Bryant pegando un puñetazo en la plancha del costado del trineo-. Ese cerdo de Bevington merece que se invente para él algo más que una simple horca. ¡Asesinar a millones de hombres y mujeres... y niños, sólo para acreditarse a sí mismo como profeta! ¡Cristo, eso es tremendo!

-¿Es cierto eso, Fisher? -interrogó Wayland clavando sus penetrantes pupilas en el rostro del astronauta-. ¿Se ha comprobado?

-Sin ningún género de dudas. Uno de los científicos de Bevington, el profesor Weckerman, denunció el crimen enviando una muestra de cultivo de las bacterias que revocaban la peste. Desdichadamente, aquel cultivo se perdió. Sin embargo, el gobierno norteamericano se apresuró a enviar a Ganímedes un grupo de agentes del servicio de espionaje, los cuales consiguieron entrar en el palacio de Bevington en Resurrección, sacar al profesor Weckerman y escapar regresando a la Tierra. Fue una hazaña épica, y gracias a ella y al profesor Weckerman, los laboratorios de la Tierra pudieron desarrollar vacunas y antitoxinas contra la peste.

Wayland, Bancroft y Bryant cruzaron entre sí una mirada de asombro. Wayland, finalmente, dijo volviéndose a John:

-Una última pregunta, comandante, aunque naturalmente no está obligado a contestarla. ¿Cuál era la misión que le trajo a usted a Ganímedes con cuatro oficiales de comandos? ¿Se proponían espiar los progresos logrados aquí por Bevington, tal vez?

-Puesto que nuestra misión ha fracasado, creo que puedo descubrir el secreto. Nuestros comandos tenían por única y exclusiva misión secuestrar a Bevington. Teníamos que cogerle vivo, si esto era posible, y llevarle con nosotros a Inglaterra. En último extremo, debíamos matarle.

-¡Un asesinato! -exclamó Bancroft.

Fisher se volvió a mirarle con severidad.

-¿Por qué llamarlo así, señor Bancroft? Bevington ha provocado tantas muertes inocentes por sí solo como víctimas hubo en las tres últimas guerras mundiales, incluida la última Guerra Atómica. La conciencia mundial ha dictado ya su veredicto, y un tribunal inglés ha llegado más lejos juzgándole y declarándole culpable. Nuestra misión se reducía a capturar al reo para presentarlo ante un tribunal o, en todo caso, servir de ejecutores de la pena dictada contra Bevington. ¿Llamaría usted asesino al verdugo que, más pronto o más tarde, ha de poner la soga al cuello de Bevington?

Bancroft guardó silencio y Fisher concluyó:

-Por lo demás, la ejecución de Bevington en condiciones que puedan parecer ilegales, significa algo más que el cumplimiento de una sentencia. Si queremos coger a Bevington es únicamente para ahorrar muchos miles de vidas más; las que nos costaría en bajas si nos viéramos obligados a traer un ejército de invasión con el fin de aplastar las fuerzas del tirano. Hay un viejo refrán que ilustra como ninguna otra cosa el actual estado de cosas, y es aquél que dice así: «Muerto el perro se acabó la rabia». El reino de Bevington no sería nada sin el propio Bevington. Acabar con él significa dar el golpe de gracia a su imperio. Es como un perro rabioso. Y como tal se le debe ejecutar. Eso al menos es lo que yo pienso.

* * *

Mecido por el suave movimiento de cabeceo del trineo al salvar los accidentes del terreno, arrullado por el zumbido de los ventiladores que sostenían el vehículo en el aire, John Fisher había quedado dormido de nuevo.

Al despertar cinco horas más tarde y mirar a su alrededor, advirtió el cambio operado en el paisaje.

Desde los páramos pedregosos de los confines de la zona de transición, el trineo debía haber recorrido una gran distancia hasta una región poblada de monte bajo, donde los leñosos arbustos crecían inclinados en la dirección de los vientos dominantes. El gigantesco disco de Júpiter, semivelado por la bruma, asomaba casi su mitad sobre el horizonte.

El terreno era accidentado y estaba cruzado por numerosas barrancas, pero allí donde las aguas torrenciales no habían arrastrado la tierra, el suelo estaba cubierto de alta hierba que el viento removía en forma de ondulantes, majestuosas olas.

-¡Hola, ya ha despertado usted! -exclamó Bryant, que estaba al lado de John en el asiento, teniendo entre sus piernas la escopeta.

Fisher advirtió que el trineo marchaba a gran velocidad impulsado por un fuerte viento de popa.

-¿Dónde estamos?

-En los pastos de los grandes rebaños de dinosaurios. Éste solía ser el terreno de caza preferido de los millonarios que antes venían a Ganímedes a cazar el «diplodocus» y una especie de «iguanodon» muy estimada por su carne. ¡Claro que lo que menos importaba a los ricachones era la carne del «iguanodon»! Más interesante era filmar una película o sacar una fotografía al lado del monstruo, para luego enseñarla a los amigos al regresar a casa...

En efecto, después de la conmoción que produjo el descubrimiento de vida en aquel satélite de Júpiter, los millonarios empezaron a llegar a Ganímedes para organizar cacerías de dinosaurios al tiempo que disfrutaban de las primicias de un mundo nuevo, fantástico y virgen. Henry

F. Bevington, que poseía acciones en todas las compañías mineras del mundo y era una de las fortunas más sólidas de la Tierra, fue de los primeros en llegar.

A Bevington debió encantarle aquel mundo en plena infancia de su desarrollo, y allí acaso debió concebir la disparatada idea de hacer de Ganímedes una nueva tierra de promisión para glorificación de su propio y egoísta «yo».

Poco después del descubrimiento, los exploradores encontraban oro y plata en Ganímedes, así como uranio en estado casi puro y otros minerales preciosos. Bevington emprendió en gran escala el negocio de explotación de las reservas minerales de Ganímedes, invirtiendo su fortuna en la construcción de dos gigantescas aeronaves con las que dio comienzo a tan arriesgada empresa.

Hasta que otras compañías mineras, estimuladas por los gobiernos de las grandes naciones, emprendieron a su vez la explotación minera de los recursos de Ganímedes y hasta que el precio del oro descendió sensiblemente en todo el mundo, Bevington rehizo su fortuna demostrando con ello la agudeza de su visión comercial.

Nuevamente rico, Bevington se dedicó a construir otras aeronaves y a pregonar su nueva religión, apoyando sus discursos en abundantísima propaganda. La empresa de este hombre, en su empeño de llevar a Ganímedes un núcleo de colonos que constituirían las bases para una nueva humanidad, mereció el calificativo de «la locura de Bevington». Bien cara había costado al mundo que le desdeñó aquella locura monstruosa.

Fisher contempló con interés el nuevo paisaje que se ofrecía a sus ojos. Anteriormente había realizado un viaje de exploración con una misión científica a Marte, haciendo varias veces la travesía del espacio desde la Tierra a la base norteamericana en la Luna, pero nunca estuvo en Ganímedes.

-¡Mire allá! -señaló Bryant lleno de excitación-. Es un rebaño de «diplodocus». ¡Lo menos hay un centenar!

En efecto, siguiendo con los ojos la dirección del brazo del capataz, Fisher tuvo la oportunidad de contemplar un espectáculo que, desde el brumoso pasado de la Tierra, contados hombres habían tenido el privilegio de ver.

A través de la brumosa atmósfera de Ganímedes, destacando contra el gigantesco disco de Júpiter, unas formas monstruosas iban surgiendo de la lejanía adquiriendo proporciones enormes.

Los saurios gigantes de Ganímedes, aunque muy parecidos a los que pastaron los prados de la Tierra en la remota Era Mesozoica, sacaban sobre éstos la ventaja de su extraordinario tamaño. Los dinosaurios habían sido en la Tierra bestias descomunales a quienes su propio peso acabaría por

exterminar. En Ganímedes, donde la fuerza de gravedad era muy inferior a la de la Tierra, el peso no había sido obstáculo para el desarrollo de aquellos mastodontes.

De hecho, cada «diplodocus» de los que Fisher veía, era una montaña de carne que levantaba un cuello ondulante rematado por una cabeza inverosímilmente pequeña. Por detrás, estas bestias arrastraban una cola enorme, capaz de echar abajo el nuevo rascacielos «Empire State» de Nueva York de un coletazo.

El rebaño ocupaba todo el horizonte de un extremo a otro y el trineo estaba desviándose a la derecha para rodearlo.

-¿Cómo cazan a esos animales? -preguntó John.

-Disponiendo de un trineo, la cosa es fácil. Esos saurios son animales más bien tímidos. Cuando un trineo se acerca a ellos se desmandan y echan a correr. Los cazadores, armados de rifles especiales con balas explosivas, persiguen en trineo a la pieza situándose a su lado. Uno dispara procurando acertarle en la cabeza, y entonces el monstruo cae con enorme estruendo que hace retemblar el suelo. Los «iguanodontes» son más peligrosos en este aspecto. Si uno sólo les hiere y se ponen furiosos, lo más recomendable es dar media vuelta y salir huyendo.

El trineo había alcanzado el extremo derecho de la manada y pasaba en este momento muy cerca de los monstruos de piel oscura y rugosa que pastaban tranquilamente la alta hierba. Uno de los «diplodocus» levantó su cabeza de reptil y arqueó su interminable cuello para contemplar la máquina que pasaba zumbando a sólo unos metros de distancia.

La curiosidad del reptil, sin embargo, debió ser muy relativa.

Al alejarse el trineo ni siquiera volvió la cabeza para seguirle con la mirada.

-Sí, son bastante estúpidos -afirmó Bryant-. De todos modos, y aunque digan que son herbívoros, no me gustaría encontrarme entre sus fauces por nada del mundo.

Después de mirar atrás largo rato hasta que el rebaño se esfumó entre la bruma, John volvió a acomodarse en su asiento.

-Debemos haber recorrido lo menos dos mil kilómetros desde que emprendimos el regreso -observó-. ¿Falta todavía mucho para llegar a su campamento?

-Nuestro antiguo campamento quedó muy atrás en la región de los líquenes.

-¿Pues dónde vamos, entonces?

-Creo que, puesto que ahora tenemos trineo propio, Wayland se propone establecer un nuevo campamento en el borde de la selva.

-¿Por qué en el borde de la selva?

-Bueno, no lo sé. Supongo que porque allí es más abundante la caza y

siempre hay la posibilidad de coger algunos frutos silvestres. El problema de la comida sigue siendo el más grave de todos los que tenemos planteados. Ahora tenemos armas y municiones. También tenemos el trineo. Pero el estómago no tiene espera y a ése hay que alimentarlo continuamente.

Fisher guardó silencio. Sin intención de criticar a sus nuevos amigos, creía que éstos hubieran podido emplear sus energías en alguna empresa más meritoria que la simple hazaña de sobrevivir en un planetoide como esforzados robinsones de la era interplanetaria.

El trineo siguió marchando durante otro par de horas, viendo elevarse poco a poco el gigantesco globo de Júpiter por encima del horizonte. Grandes árboles, mayores que las secuoyas californianas, iban surgiendo aquí y allá solitarios o formando bosques. La hierba tenía aquí mayor altura que un hombre, y entre ellas crecían flores inodoras del tamaño de ruedas de carro. Varias veces vieron rebaños de «diplodocus», algunos «iguanodontes» y otros reptiles voladores que agitaban pesadamente sus alas de murciélago.

Finalmente, el trineo escaló una suave pendiente y se detuvo al pie de un alto farallón entre un bosque de helechos gigantes.

-Éste es un buen sitio -dijo Wayland satisfecho al echar pie a tierra.

CAPÍTULO V

De su depósito secreto de la mina los ingenieros habían recogido un completo arsenal de herramientas, las cuales tenían escondidas previsoramente suponiendo que algún día podrían necesitarlas.

En efecto, las herramientas eran en Ganímedes un artículo que escaseaba tanto como las prendas de vestir, siendo más apreciadas que las armas. Considerando que todos los artículos manufacturados de procedencia terrestre habían tenido que ser transportados millones de kilómetros por el espacio a bordo de costosas cosmonaves, las que a su vez quemaban un combustible costoso en cantidades abundantes, se comprendía fácilmente que un hacha de buen acero resultase más cara que si estuviese hecha de oro puro.

En realidad no había oro capaz de pagar los irreemplazables servicios de un hacha, una sierra, o un martillo o un simple puñado de clavos.

En su nuevo campamento, Fisher y sus amigos se dedicaron duramente toda una semana a levantar una cabaña de troncos lo suficientemente amplia y cómoda para que todos pudieran sentirse a gusto en ella.

En Ganímedes, al menos en aquel hemisferio eternamente iluminado por Júpiter, no tenía sentido alguno hablar de días. En todo aquel hemisferio reinaba un día solo y continuo y jamás interrumpido por las sombras de la noche. Sin embargo, los terrícolas no disponían de otros medios para medir el tiempo que sus relojes ajustados a la duración del día de la Tierra, y de ellos se servían también en Ganímedes considerando un día entero cada dos vueltas completas de la saeta a la esfera.

John Fisher, incorporado a la vida del campamento como uno más del grupo, trabajaba como otro cualquiera. Si acaso no hizo una cosa, fue participar en los planes que respecto al futuro formaban sus amigos durante la conversación de sobremesa.

Varias veces en el transcurso de aquella semana, aunque siempre inútilmente, había tratado de vencer el abismo de rencor que le separaban de Ágata Sebring.

En la primera de estas ocasiones, estando la muchacha ayudando a construir el tejado de la casa, uno de los troncos había resbalado pillando a Ágata debajo. Ella, atrapada contra la pared, sostuvo a duras penas el pesado tronco mientras Fisher corría a ayudarla.

-Vaya, este madero es demasiado pesado para usted. ¿Por qué no me llamó? -la reconvino Fisher.

-Estaba segura que podría con él -repuso la chica secamente.

Fisher la contempló gravemente.

-¿No puede olvidar que yo maté a su hermano, no es eso? Sin embargo, usted no puede creer que yo hiciera eso por gusto.

-Lo hizo, y es bastante para mí.

-Sí, comprendo que no pueda olvidar tan fácilmente, sobre todo viéndome constantemente ante usted. Esto es muy embarazoso para mí. Usted no puede saber cuánto me gustaría ayudarla... reemplazar el vacío que el afecto de Bill dejó en usted. Sí, yo quisiera ser para usted como el hermano que perdió, y creo que podría serlo si usted me dejara hacerlo.

-No quiero echar sobre usted toda la culpa de lo ocurrido, señor Fisher -dijo la chica con gravedad de una persona mucho mayor-. Cada hombre o mujer viene al mundo para desempeñar un determinado papel en el drama de la vida. El suyo consistió en llegar a Ganímedes el día y la hora justos para coincidir con nosotros en la mina y cruzarse en la vida de Bill y matarle de un balazo. Ése fue su papel. Si después de esto no lo viera nunca más, creo que me sentiría mucho mejor.

Varios días después, Fisher todavía seguía pensando en esas palabras de Ágata Sebring.

El deseo de la muchacha de perderle de vista se cruzaba en determinado lugar con los propios deseos de John de marcharse de aquel campamento.

El mismo día que la casa quedó terminada, mientras comían alrededor de la mesa, obra ésta del mañoso Bryant, John se determinó a expresar su parecer al jefe del grupo.

-Wayland, ahora que la casa está terminada y ya se encuentran bien instalados, quiero pedirle un favor.

-¿Un favor, John? -repuso Wayland sorprendido.

-Quiero que me devuelvan mi trineo.

Wayland clavó sus perspicaces ojos en el grave rostro de Fisher.

-¿Quiere el trineo, eh? Indiscutiblemente es suyo. Al menos fue usted quien se lo arrebató a los gendarmes de Bevington. ¿Mas para qué lo quiere?

-He estado meditando la cosa, señor Wayland, y he llegado a la conclusión de que no me gusta estar aquí. Trate de comprenderme. Yo vine a Ganímedes para llevar a cabo una misión específica, no puedo resignarme a vivir aquí como un troglodita o un Robinsón esperando que el tiempo resuelva algo que yo quizás pueda resolver por mí mismo.

-¿De qué está hablando, Fisher?

-Estoy hablando de Bevington. Voy a ir a su ciudad y tratar de matarle.

La expresión de la más viva sorpresa fue simultánea en los rostros de todos los allí reunidos. Hasta Ágata Sebring levantó la cabeza para mirarle, cosa que no había ocurrido jamás hasta entonces.

Elmer Bryant dejó oír una risita.

-Habla de ir a Resurrección y pegarle un tiro a Bevington como quien va a salir de paseo y se lleva la escopeta por si se tercia matar un pajarito.

Wayland preguntó:

-¿Está hablando en serio, Fisher?

-Sí.

-¿Cómo espera poder matar a Bevington?

-No lo sé, pero algún medio habrá de llegar hasta él. Tenemos uniformes de su ejército de policías. Si no puedo introducirme en su palacio disfrazado de gendarme, me alistaré en sus fuerzas de policía o trataré de entrar como pinche de cocina. No me importa el tiempo que cueste conseguirlo, e incluso si no lo consigo, me sentiré mucho mejor que quedándome aquí haciendo vida de Robinsón.

Al decir esto Fisher miraba a Ágata Sebring, cabiéndole la satisfacción de advertir cómo ella enrojecía y apartaba turbada su mirada.

-Sinceramente, Fisher, creo que lo que usted intenta es un disparate -dijo Wayland.

-Nunca esperé que les pareciera otra cosa. ¿Qué hay respecto al trineo?

-Está usted decidido, ¿no es eso?

-Sí.

Wayland guardó pensativo silencio.

-El trineo es suyo -dijo finalmente-. Puede llevárselo cuando quiera.

* * *

Aunque sentía verdadera impaciencia por emprender su viaje, John se tomó los preparativos con calma a fin de dar tiempo a su barba para que creciera. Bevington, que abominaba de todos los adelantos modernos incluso de las navajas de afeitar, había impuesto como uno de los distintivos de sus huestes el uso de la barba.

Cada día, contando por tales el tiempo comprendido entre dos vueltas de la saeta a la esfera del reloj, John iba añadiendo algo al equipo que proyectaba llevar. Limpió y aceitó cuidadosamente su pistola ametralladora, y otro día hizo lo mismo con la subametralladora. Revisó uno por uno los cartuchos de su dotación, seleccionó cuidadosamente media docena de granadas de mano y, armado de aguja e hilo, arregló el uniforme del antiguo sargento de gendarmes hasta que éste le cayó bien.

Sus compañeros le veían hacer todos estos preparativos en silencio.

Un día, inesperadamente, Peter Wayland salió de su cuarto disfrazado de gendarme. El traje le quedaba estrecho y corto por todas partes.

-Ágata, ¿cree usted que podría sacarle de las costuras a este uniforme arreglándole a mi medida? -preguntó el gigante.

-Sí, creo que sí.

-Entonces arréglemelo. Voy a ir con Fisher a Resurrección.

Sus compañeros, y a qué ocultarlo el mismo Fisher, quedaron mirando a Wayland con asombro. Bryant exclamó:

-¿Quiere decir que va a ir con él... para intentar liquidar a ese granuja

de Bevington?

-No pensarás que iba a ir a Resurrección de compras, Elmer, viejo estúpido -rezongó Wayland malhumorado-. ¡Claro que voy a ayudar a John! Bevington ha merecido mil veces que alguien le dispare un tiro por la espalda.

-¡Ah, muy bonito! -le tocó ahora rezongar a Bryant-. Naturalmente, como es el jefe, puede hacer lo que le dé la gana. ¡Claro! Usted se marcha con Fisher a divertirse, y a los demás que nos parta un rayo.

-Bryant, no llamará usted una diversión al riesgo que el señor Wayland está dispuesto a correr -protestó la señorita Sebring.

-Usted no conoce a este viejo lobo, miss Sebring. ¡Naturalmente que va a divertirse! Lo que le revienta a él es pasar tantos meses escondido en un bosque o en las montañas, practicando por todo ejercicio la cacería y sin saber lo que está ocurriendo en el mundo. ¿Por qué cree usted que no se ha casado nunca? No hay riendas bastante fuertes en todo el mundo para mantener a Wayland quieto durante mucho tiempo en el mismo sitio. Aceptó a venir a Ganímedes a dirigir la explotación de una mina porque encontraba aburrida la Tierra, y ahora empieza a aburrirse también aquí y ya está cavilando la forma y manera de arreglarse un programa de fiestas.

Wayland bramó molesto:

-Creo que tengo derecho a hacer lo que me dé la gana, ¿no es eso?

-¡Sí! -chilló Bryant más alto-. ¡Y yo tengo también derecho a hacer lo que quiera! Así, que si usted se va con Fisher, yo voy también.

-No. Tú te quedarás aquí cuidando de Merril y la señorita Ágata.

-¡Que les cuide Rita! Ya no son tan niños para que tenga que guardarles una niñera. Quizás les guste estar solos. Al menos al señor Bancroft es seguro que le agradará. Está pirrado por la muchacha.

Bancroft y también la señorita Sebring estaban presentes. Bryant, aunque buena persona, era muy rudo en su forma de expresarse. La señorita Sebring enrojeció y Bancroft se puso sucesivamente colorado, verde y amarillo.

-Bryant, no tiene usted derecho a lanzar afirmaciones de género tan ofensivo -dijo Bancroft apretando los puños.

-¿A quién ofendo diciendo lo que todos sabemos? Los dos son jóvenes, y la señorita Sebring no es fea que digamos. ¿Qué hay de extraño si le gusta a usted?

Bancroft se arrojó sobre el capataz blandiendo sus puños, pero Wayland se interpuso entre ambos obligando al joven ingeniero a retroceder de un empellón.

-¡Quietos! ¿Se han vuelto locos? Elmer, te voy a partir la cabeza como no aprendas a hablar. En cuanto a usted, Merril, debiera aprender a practicar las artes del disimulo, si verdaderamente le molesta que los demás

le adivinemos el pensamiento.

-¿Quién adivina mi pensamiento? ¿Ni qué pensamiento? -chilló Merril.

-Está bien, no discutamos -dijo Wayland secamente-. Después de esto, quizás sea mejor que Bryant venga conmigo. A usted no le importará, ¿verdad, Fisher?

Fisher se sentía verdaderamente encantado y divertido.

-En modo alguno. Por el contrario, les acepto muy complacido a los dos.

Un portazo subrayó el final de esta discusión cuando Ágata cerró tras sí después de entrar en su habitación. Bancroft, muy tieso, cruzó a su vez el salón para desaparecer en el cuarto que ocupaba en compañía de John.

Fisher, Wayland y Bryant todavía permanecieron un par de horas en el porche forjando planes para su futura expedición. Luego empezó a llover y decidieron irse a acostar, quedando Bryant de guardia entretenido en desmontar y aceitar un par de subametralladoras y otras tantas pistolas para llevar en la expedición.

A la mañana siguiente, es decir, unas horas después del desayuno, Fisher se encontraba en el garaje detrás de la casa reparando la capota del trineo, cuando vio llegar a la señorita Sebring.

La visita sorprendió mucho a John, pues ésta era la primera vez que ella deliberadamente iba en su busca.

-¿Me perdonará si le distraigo unos minutos, señor Fisher?

-Todo el tiempo que quiera, no faltaría más.

La chica, que vestía su acostumbrado equipo consistente en pantalón ajustado de «vaquero», chaqueta de piel impermeabilizada y botas de media caña, se ruborizó ligeramente mientras parecía buscar las palabras adecuadas.

-Se trata de esa expedición que ustedes se proponen emprender... Yo, es decir, si fuera posible... me gustaría poder acompañarles.

-¿Usted? ¿Una chica en nuestra expedición? -exclamó Fisher sorprendido-. No, no creo que fuera aconsejable.

-¿Por qué razón?

-¿Quiere que le enumere toda la interminable serie de razones por las que una mujer no debe meterse en una empresa de hombres?

-No, no es necesario. El señor Wayland ya me ha enumerado todo lo que él considera obstáculos a mi inclusión en esa expedición, sin olvidar ninguno.

-¿Habló usted antes con Wayland? Bien, si lo hizo no es necesario que yo le repita...

-Señor Fisher, usted es el jefe de la expedición, no Wayland. El señor Wayland ha adquirido el hábito de mandar en todas partes, y acabará por imponerle sus opiniones personales si usted no le detiene a tiempo. Yo...

¡bueno! Yo creo que Wayland no puede decidir por sí mismo si merezco acompañarles o debo quedarme aquí a solas con Bancroft.

-¿No cree que estaría más segura aquí esperando nuestro regreso?

-¿Segura a solas con Bancroft? No, no creo que pudiera sentirme segura en ningún momento.

-¿Qué quiere decir?

Las tersas mejillas de la muchacha se cubrieron de rubor.

-Esto es algo que Wayland ignora y no quisiera que llegara a saberlo nunca. Bancroft...

-¿La ha molestado alguna vez?

-Sí. Al principio, cuando yo llegué a la mina, Merril se mostró muy correcto y galante conmigo. A mí, simplemente, me pareció un muchacho simpático, aunque un poco atrevido. Mi hermano me llamó aparte cierto día y me puso en guardia contra él.

-Creí que su hermano y Bancroft eran amigos.

-Precisamente porque eran amigos y se conocían muy bien, mi hermano me advirtió que mantuviera a distancia a Merril. Esto, sin embargo, no era tan sencillo. Merril me asediaba a todas horas. Es uno de esos hombres que se juzgan irresistibles y no son capaces de concebir siquiera que una mujer pueda rechazarles. Se reía y aseguraba que yo le amaba, que sólo me proponía hacerle sufrir y rabiar... ¡era exasperante verle tan seguro de sí mismo! Una hasta empezaba a dudar de sí misma.

-He conocido hombres como Bancroft -dijo John viendo que ella se interrumpía-. Nunca he podido comprender cómo, y sin embargo esos tipos tenían éxito con las mujeres.

De nuevo el rostro de Ágata se cubrió de rubor.

-Eso precisamente me dijo mi hermano, pero yo me sentía segura de mí misma. Creía que podría bastarme a mí misma para pararle los pies a Bancroft. Hasta que cierto día que salimos a dar un paseo en compañía de Bryant, éste nos dejó un momento para perseguir a un lagarto con su escopeta. Merril se arrojó sobre mí, me besó y me desgarró la blusa. Grité y Elmer acudió. Merril todavía sonreía cuando bajo la amenaza de la escopeta Bryant le obligó a volver a la mina. Le rogué a Elmer que no dijera nada de esto a Wayland ni a mi hermano... Tal vez hice mal en encubrirle, pero temía que si Bill llegara a enterarse iba a pelearse con Bancroft. Era por los días que esperábamos de un momento a otro que los fanáticos de Bevington nos atacasen, cuando nos preparábamos a abandonar la mina y era más necesario que nunca que todos nos mantuviéramos unidos. Nunca he vuelto a encontrarme a solas con Bancroft desde aquel día, pero si ustedes nos dejaran solos aquí en el campamento... no sé. Creo que tendría que matar a Merril para verme libre de él.

-Sí, le comprendo -dijo Fisher. Y guardó silencio. Luego habló y dijo-: Convenceré a Wayland para que le permita acompañarnos.

Las grandes, azules pupilas de la joven, contemplaron un momento a Fisher como expresándole su profunda gratitud. Bruscamente, ella le volvió la espalda y salió del garaje sin decir palabra.

Cuando una semana más tarde se preparaban para emprender el viaje, Ágata Sebring fue la primera en subir al trineo para ocupar el asiento contiguo al conductor. El segundo en trepar a la máquina fue Merril Bancroft.

Bancroft quiso formar parte de la expedición cuando supo que de otra forma quedaría completamente solo en el campamento.

CAPÍTULO VI

El sistema de comunicaciones de Ganímedes, en general, era su sistema hidrográfico. Los anchos y caudalosos ríos que cruzaban la selva hasta el mar eran las pistas que los trineos aéreos utilizaban para deslizarse por ellas como si de firmes autopistas se tratara.

También había, aunque muy contadas, algunas pistas abiertas en la selva a fuerza de explosivos y sierras mecánicas para poner en comunicación estos ríos.

Aunque se habían realizado exploraciones en todos sentidos a lo largo de los ríos y a través de los mares, la civilización había avanzado poco profundamente en Ganímedes. La misma capital de Bevington, llamada Resurrección, aunque internada un millar de kilómetros en plena selva, se hallaba situada al borde de la zona de transición.

La selva de Ganímedes era algo infernal, demasiado grande incluso para los modernos sistemas de colonización. Sólo en la zona templada donde los árboles no alcanzaban todo su desarrollo habían osado los hombres adentrarse. El ecuador de Ganímedes era todavía inviolable, y probablemente así seguiría siéndolo siempre.

No había sierra mecánica capaz de hincarle el diente a un tronco de más de 20 metros de diámetro, cuya copa se perdía en el cielo tras las nubes cargadas de lluvia. Las montañas y los ríos constituían barreras infranqueables.

La misma exuberancia de la naturaleza hacía imposible el cultivo de la tierra. Las semillas germinaban en una hora. El grano de trigo sembrado hoy era abultada espiga de cinco metros de altura a los cinco días. Las plantas se veían crecer ante los ojos de uno, y en verdad crecían tan aprisa que hacía inútil toda lucha contra ellas.

La vegetación codiciosa de aquel suelo fértil no dejaba sitio para la vivienda del hombre.

Resurrección, levantada en un suave declive al pie de las montañas, con buen drenaje para las aguas pluviales, apareció bruscamente entre la bruma a los ojos de Fisher cuando el trineo irrumpió de la pista a un gran claro talado en plena selva. Cultivos de maíz y sembrados de papas cubrían el fértil suelo formando cuadriláteros en diversas tonalidades de color verde.

Las muchas veredas que a través de los campos cultivados conducían hasta la ciudad, estaban pavimentadas con trozos de madera de regular tamaño. Aquí y allá, levantadas sobre los tocones de antiguos árboles que fueron talados, se veían pequeñas cabañas de troncos. La ciudad, al fondo, se desparramaba alrededor de una maciza fortaleza llena de murallas y torreones.

Era el palacio-fortaleza de Bevington.

Habían convenido utilizar sus uniformes de gendarmes para llegar a la ciudad sin despertar sospechas. Una vez en ésta, el propósito de Wayland era levantar una cabaña en las afueras del poblado, instalándose en ella como si fueran colonos.

En efecto, Wayland había hecho ver a Fisher la inutilidad de intentar colarse entre la servidumbre o la guardia personal de Bevington para llegar cerca de éste y pegarle un tiro en el momento oportuno. Éste era un sistema brutal y casi desesperado de llevar a efecto la orden de liquidar a Bevington, «el enemigo del mundo número uno».

-El valiente que le pegara un tiro a Bevington en sus propias habitaciones, no saldría vivo de la fortaleza -aseguró Wayland-. Como primitivo plan, cuando usted solo tenía que intentar liquidar a Bevington, eso podía pasar. Sacrificarse uno llevándose por delante a ese loco al infierno, eso está bien. Pero ahora somos cuatro, cinco si contamos a la señorita Sebring. Podemos y casi estamos obligados a hacer algo mejor y más sonado.

-¿Mejor que pegarle un tiro a Bevington en la nuca? -preguntó Elmer Bryant.

-Mejor que eso; cogerle vivo.

El trineo militar alcanzó las primeras casas de madera de Resurrección y embocó una calle. Al final de esta calle, dos gendarmes tocados con cascos de acero, la ametralladora colgando al hombro, agitaron los brazos haciendo señas a los ocupantes del trineo para que se detuvieran.

Bryant, que era quien conducía, detuvo la máquina.

-¿Dónde van ustedes por aquí? -preguntó uno de los gendarmes-. ¿No se han enterado todavía que está prohibido a los trineos circular por el interior de la ciudad?

Los ocupantes del trineo se miraron entre sí sin saber qué contestar.

-¿De dónde vienen ustedes? -interrogó el gendarme que estaba en tierra.

-De Eureka -dijo Fisher rápidamente-. Venimos con permiso para ver la ciudad.

-¿Es que en Eureka dejan que los trineos anden por las calles, salpicando de lodo a los transeúntes y espantando a los bueyes y las mulas?

-En Eureka apenas hay caballerías. Allí sólo tenemos camiones y tractores -dijo Fisher osadamente.

En efecto, Eureka era el nuevo centro fabril donde Bevington había instalado la primera fundición de acero de Ganímedes, una ciudad en donde toda la maquinaria robada de las minas había sido concentrada para dar poderoso impulso a la industria que era vital para la supervivencia del gran disparate de Bevington.

-Bueno, esto no es Eureka -rezongó el gendarme amoscado-. Aparquen su máquina por ahí y entren andando en la ciudad.

-Sí, eso vamos a hacer -dijo Fisher cortés-. Por cierto, venimos preguntándonos dónde podríamos encontrar alojamiento.

-Hay muchas barracas vacías hacia las afueras, aquí en esta misma calle. Mucha gente ha sido trasladada a Eureka para trabajar en las minas, y otros se han construido cabañas fuera de la ciudad para estar más cerca de sus cultivos.

Esto era algo que realmente no esperaban. Los mismos gendarmes acompañaron a los expedicionarios a una sólida cabaña de troncos que en su parte de atrás tenía una amplia cuadra capaz de acomodar al trineo. La casa carecía de muebles, pero esto era algo que carecía de importancia.

-Hemos tenido suerte después de todo -dijo Ágata cuando los gendarmes se hubieron marchado-. Aquí estaremos cómodos. Miren, ya empieza a llover.

En Resurrección llovía a todas horas. La humedad rezumaba por todas partes pudriendo la madera y oxidando los metales. Los aguaceros eran súbitos y torrenciales. Apenas terminaba de llover, el calor del suelo evaporaba el agua de la lluvia en densas vaharadas de vapor que formaba una espesa neblina. Así era Ganímedes.

La casa donde los «comandos» se habían alojado quedaba hacia las afueras del poblado. Afortunadamente había muchas casas vacías en aquella calle, siendo pocos los vecinos.

-De todos modos, este cuento del permiso no puede durar mucho. Ni siquiera sabemos si Bevington concede permiso alguna vez a su gendarmería -rezongó Wayland.

Wayland y todos los demás ya habían estado anteriormente en Resurrección, incluida la señorita Sebring. Fisher era el único que no conocía la ciudad y salió a recorrerla solo.

Resurrección tenía algo del tipismo que había caracterizado a los primeros poblados que surgieron de la colonización en el lejano Oeste americano. Las casas, construidas de troncos, tenían en su frente el clásico pórtico y la acera de tablones. Las ventanas carecían de cristales, siendo éstos reemplazados por ciertas delgadas películas semiopacas que se obtenían de las vísceras de los grandes dinosaurios.

Desde el desigual pavimento de trozas, pasando por los edificios y la forma primitiva de las carretas que circulaban por la calle tiradas por mulas, todo estaba en carácter con la pobreza, la fealdad y la desapacibilidad del ambiente. Los hombres vestían largas camisas de un tejido basto de fibras vegetales hiladas en crudo, cubriéndose la cabeza con turbantes. Las mujeres, incluso las más jóvenes y agraciadas, aparecían sucias y desgreñadas.

Los hombres llevaban barba y largas pelambreras. Todos calzaban abarcas.

Contemplando aquel pueblo extraño, a la vista de las caras tristes y las expresiones ceñudas, Fisher llegó a pensar que, más bien que un nuevo modo de vivir y de pensar, Bevington no había conseguido sino crear un pueblo sucio y malhumorado.

En plena era atómica, cuando era tan fácil montar una central nuclear que suministrara luz eléctrica a toda la ciudad, Bevington se empeñaba en hacer las cosas difíciles obligando a sus prosélitos a alumbrarse con velas y candiles. Esto era tan absurdo como obligar a aquella gente a arar la tierra utilizando bueyes, habiendo tractores que en una sola jornada realizarían tanto trabajo como cincuenta hombres labrando con arados primitivos.

Aquella gente no podía estar contenta.

Al regresar a su refugio y comentar esto con sus compañeros, Fisher opinó:

-Yo creo más bien que el reino de Bevington está sólo prendido con alfileres. Venir a Ganímedes a vestir tela de saco, a talar árboles y habitar en cabañas sin luz, ni agua ni servicio sanitario, pudo tal vez ser divertido en los primeros tiempos de efervescencia y exaltación religiosa. Muchos vinieron también porque preferían esto a quedarse en la Tierra y morir de peste. Pero tanto para los que vinieron voluntariamente, como los que aquí llegaron por conveniencia, el juego ya dura demasiado. El más pobre hombre de la Tierra es rico si se le compara con el hombre medio de Ganímedes. Apuesto que las Naciones Unidas no han pensado en enviar una flota de cosmonaves de vacío con una invitación a todo el que quiera volver a la Tierra. Si hicieran eso, no sería necesario enviar soldados pertrechados para la guerra. Los fieles de Bevington correrían a ver quién alcanzaba primero un pasaje en nuestras aeronaves, y Bevington quedaría solo y abandonado en su fantástica «tierra de promisión».

-Usted no cuenta a la gendarmería de Bevington -objetó Wayland-. Antes que Bevington declarara la guerra santa contra los «extranjeros», había en las minas de Ganímedes más de un millar de reclusos condenados a trabajos forzados y cadena perpetua. Esa gente, a la que Bevington calificó de «esclavos incomprendidos, parias de una sociedad corrompida», fue liberada de sus cadenas, uniformada de verde y armada de granadas de mano y pistolas ametralladoras pasando a formar la guardia de «corps» de Bevington. De esta forma, el pretendido movimiento religioso de Bevington pasó a convertirse en una banda de «gángsteres» capitaneados por un loco. Usted no creerá que el más desdichado de esos ex presidiarios prefiere volver a la Tierra para arrastrar de nuevo sus cadenas, ¿verdad? ¿Dónde podrían pasarlo mejor que aquí, bien vestidos, bien comidos, tratados a cuerpo de rey y gozando de plena impunidad bajo su uniforme?

Fisher admitió que Wayland tenía razón. Bevington era un tirano, y como tal había sabido rodearse de gente que le era afecta por lo mismo que

esa gente no podría vivir sin él. Mientras viviese Bevington y contara con un solo gendarme, ese gendarme defendería a Bevington hasta la última bala y la última gota de su sangre.

-Lo que en definitiva, nos vuelve al principio -terminó diciendo Wayland-. Tenemos que coger a Bevington. Y a ser posible tenemos que cogerlo vivo. Muerto Bevington, podría sucederle otro tirano en el mando de la banda. Mientras esté vivo nadie se atreverá a reemplazarle.

* * *

Desde un rincón de la plaza, resguardado de la lluvia por el tejadillo de un pórtico, John Fisher contemplaba sombríamente la maciza fachada del palacio-fortaleza de Bevington. Dos semanas habían transcurrido desde que llegaron a Resurrección, y al cabo de este tiempo se encontraban en el mismo punto muerto del primer día.

Ni una sola vez habían conseguido ver al tirano, ni siquiera a distancia. Bevington abandonaba raras veces su palacio, y si alguna vez salía para una visita de inspección de la factoría de Eureka, solía utilizar su helicóptero particular. Desde el mismo patio interior de palacio, el helicóptero de Bevington se elevaba, desaparecía entre la bruma y no se le volvía a ver hasta que, horas después, reaparecía en el cielo para dejarse caer de nuevo en el patio de donde había despegado.

Fisher, que había abandonado por consejo de Wayland su descabellado plan de introducirse en las habitaciones de Bevington, volvía a reconsiderar aquella idea como único camino hacia la consecución de su siniestro fin.

Mientras John estaba contemplando el sólido y feo edificio, alguien llegó junto a él y deslizó una mano en la suya.

Fisher se estremeció al contacto de aquella mano fría, larga y suave al tacto. Se volvió enojado.

Ágata Sebring estaba a su lado mirando también hacia la fortaleza. Vestía un voluminoso impermeable confeccionado en paja que le daba el aspecto de un grotesco espantapájaros, y se cubría con un sombrero cónico de palma de estilo chinesco.

-¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha venido? -dijo Fisher con brusquedad, aunque sin rechazar la mano que tenía en la suya.

Ella habló sin mirarle, como si fuera una observadora casual a quien la lluvia había traído junto al hombre que vestía larga bata de oscuro y basto tejido:

-¿No hay ninguna razón por la que yo no pueda salir a la calle, verdad? He frecuentado esta plaza mucho menos que usted, incluso menos que Wayland, a pesar que él es más fácil de reconocer con su estatura y su barba roja.

Esto era cierto. Peter Wayland era muy atrevido, y sus salidas a la calle

solían tener en ascuas a sus amigos hasta que regresaba. Wayland, como ingeniero-jefe de la mina «Vulcano», era una persona muy conocida. Cualquiera de los antiguos trabajadores y guardianes de la mina, muchos de ellos alistados en las filas del ejército policíaco de Bevington, podía tropezarse con él y reconocerle en cualquier instante en plena calle.

-Hay al menos una razón por la que no debería mostrarse en público -dijo Fisher entre dientes-. Es usted demasiado bonita. Lo es incluso con ese disfraz de espantapájaros. ¿No sabe que la población femenina de Ganímedes está en minoría con la masculina, ni que los gendarmes de Bevington son muy tenorios? Las mujeres llaman mucho la atención de los hombres en esta ciudad, y más si son jóvenes y guapas.

Ella permaneció callada unos minutos. Luego, retirando suavemente su mano prisionera, murmuró por lo bajo:

-Sé que no debiera haber salido, pero me aburría allí. Esta espera, sin tener nada que hacer, me enerva los nervios.

-Sí, a todos nos pasa igual -John hizo una pausa-. Está cesando de llover -dijo. Y sin transición alguna agregó-: Estoy pensando que después de todo no era tan descabellada mi idea de introducirme en palacio. Ustedes podían regresar al campamento en el trineo mientras yo me quedaba e intentaba colarme en la servidumbre de Bevington.

-¿Dejarle solo? ¡Oh, no!

John se volvió ligeramente a mirarla. Sus ojos se encontraron y en los de ella leyó él una ansiedad nueva, tan inesperada como sorprendente.

-No hace todavía tres semanas, cuando construíamos nuestra cabaña, usted deseaba perderme de vista -murmuró.

-Han pasado muchas cosas desde entonces...

-Al contrario, no ha pasado nada. Vinimos aquí y aquí estamos igual que el primer día.

-Bueno, quiero decir que hemos convivido estrechamente... le he oído hablar, expresar sus opiniones... Las circunstancias físicas no han cambiado, pero el concepto en que le tenía sí ha cambiado. El pobre Bill me perdone, pero ahora estoy segura que no le mató usted deliberadamente.

-Claro, Ágata. Eso usted ya lo sabía el primer día.

-¡Sí, sí... lo sabía! Pero...

La turbación de la chica emocionó a Fisher.

-No es necesario que trate de hallar una explicación a su cambio de opinión, Ágata. Para mí es suficiente que me haya aceptado como un amigo... a pesar de todas mis malas cualidades.

-No tiene usted ninguna mala cualidad, John. Al contrario, creo que es usted un gran muchacho.

John no tuvo oportunidad de contestar a aquel cumplido. En este momento cruzó la plaza el estridente alarido de una sirena policial. Los dos

levantaron vivamente la cabeza hacia el palacio.

Las enormes puertas claveteadas de la fortaleza acababan de abrirse de par en par, y del hueco de la arcada irrumpió un trineo color caqui sobre cuya torrecilla montaba una ametralladora pesada de gran calibre. Era éste quien hacía sonar la sirena.

El trineo avanzó casi hasta el centro de la plaza y se detuvo sin dejar de hacer sonar su sirena. Un gendarme pasó corriendo por delante de Ágata y Fisher y gritó:

-¡Arrodillaos! ¡Arrodillaos, el Gran Profeta va a salir!

Ésta era otra de las absurdas imposiciones de Bevington a sus fieles, hacerse adorar como un auténtico patriarca capaz de hacer milagros y hablar en la intimidad con Dios. En toda la plaza, la gente que se resguardaba de la lluvia bajo los pórticos se arrodilló.

También se arrodilló Ágata, tirando del borde del largo camisón de Fisher mientras apremiaba por lo bajo:

-¡Arrodíllese! ¡Vamos, arrodíllese!

John así lo hizo mientras gruñía entre dientes:

-¡Tenerme que arrodillar ante ese blasfemo, yo que soy un buen cristiano! -De pronto se interrumpió lanzando una exclamación-: ¡Bevington va a salir! ¡Si lo hubiéramos sabido!

En efecto, un lujoso trineo aéreo, todo cristal y cromados, salía en este momento por la puerta de palacio. Cruzó la plaza raudamente y siguió al trineo militar que iba abriendo paso haciendo sonar la sirena. En último lugar, detrás del trineo regio, una tercera máquina descubierta, en la que iban como media docena de gendarmes uniformados y encapotados, armados de ametralladoras, irrumpió en la plaza y siguió a los otros dos.

Los tres aparatos cruzaron a distancia por delante de Fisher y Ágata y se perdieron en una de las anchas calles que desembocaban en la plaza.

Fisher se puso en pie ayudando a Ágata por un brazo. Dos gendarmes pasaron por delante.

-Sí, el helicóptero se estropeó a última hora -iba diciendo uno.

Los dos policías se alejaron y Fisher y Ágata quedaron mirándose en silencio.

-¡Bevington va a Eureka en trineo! -murmuró la joven por lo bajo.

-¡Rápido, vamos a decírselo a Wayland! -rezongó John asiendo a la muchacha rudamente por un brazo.

CAPÍTULO VII

Después de hora y media de zumbar locamente por el angosto callejón que los altos árboles formaban a uno y otro lado de la pista, el trineo desembocó bruscamente en una ancha corriente de agua que cortaba en sentido perpendicular la trocha de la selva.

Bryant levantó la proa del aparato, movió las palancas de gobierno una adelante y otra hacia atrás, e hizo que el trineo resbalara de costado para tomar gallardamente la curva volando sobre el río.

-El Gaastra -anunció Wayland-. Ésta es la ruta que utilizaban los trineos para bajar por el río hasta Eureka.

El trineo siguió deslizándose casi a ras del agua, pues la altura máxima que podía alcanzar con los ventiladores a toda marcha era de unos cuatro metros, cinco como tope sin carga. Pero para sacar más partido a la corriente de aire que los ventiladores lanzaban hacia abajo y atrás, la máquina debía marchar a muy poca altura, a fin de dispersar al mínimo los chorros de aire que la levantaban e impulsaban adelante.

Cien kilómetros más abajo del punto donde el trineo entró en el río, el Gaastra giraba a la izquierda lamiendo el pie de una montaña. Aquí, el río entraba en un profundo y angosto «cañón» rugiendo y espumajeando en los peñascos de los rápidos. Todavía, a un lado y otro, los gigantescos árboles se elevaban hacia el cielo cargado de lluvia allí donde las tenaces raíces encontraban un punto en el que apoyarse.

El río seguía en línea casi recta por el «cañón» y luego doblaba bruscamente a la derecha entrando en un valle que empezaba a ensancharse de nuevo ofreciendo espacio a la selva que ya no se interponía hasta el mar.

-¡Alto! -gritó Wayland cuando el trineo tomaba a buena velocidad el recodo del río-. Vamos a volver atrás.

Mientras Bryant maniobraba para frenar el rebelde vehículo y dar la vuelta para volver atrás, Wayland expuso su plan al parecer de Fisher.

-Creo que si hay un solo sitio bueno para tender una emboscada a Bevington, ese sitio es el desfiladero por donde acabamos de pasar. Ahí, un árbol derribado a través del río bastaría para detener una caravana de trineos. Quizás lo más difícil sea derribar el árbol.

El trineo volvía atrás tomando la cerrada curva. Cuando entraban de nuevo en el desfiladero, Fisher cogió los prismáticos y empezó a registrar con ellos la base de los árboles que crecían inmediatos al río.

-¡Alto, allí! -exclamó de pronto extendiendo el brazo.

-Elmer, acerca el trineo a esa orilla -ordenó Wayland-. ¿Qué es lo que ha visto, Fisher?

-Un árbol cuyas raíces han sido socavadas por el arrastre de tierra provocado por el agua. Prácticamente se sostiene en el aire. Bastaría una

buena carga de dinamita en su pie para derribarlo de través sobre el cauce del río.

-Sí, ya lo veo. En efecto, las raíces están completamente al aire. ¿Dinamita dice? Tenemos algo todavía mejor. Trinitrotolueno. Elmer, arrima el aparato al pie de ese árbol, quiero examinarlo de cerca.

El tronco del árbol tenía por lo menos quince metros de diámetro y era tan alto como las montañas que formaban el «cañón». Su copa no llegaba a distinguirse entre las nubes.

-Tendríamos que derribarlo un poco ladeado, no fuera que la copa tocara en el otro lado del desfiladero y formara un puente por debajo del cual podría escurrirse el trineo de Bevington.

Fisher y Wayland saltaron a la orilla y, durante un buen rato, estuvieron examinando la base del árbol, calculando el sitio más adecuado para colocar la carga de TNT.

Bryant era un entendido en explosivos y bajó también para dar su opinión. Luego, Wayland y Bryant volvieron al trineo para regresar poco después con un cajón de trinitrotolueno y un largo rollo de mecha. Elmer Bryant se deslizó por entre las raíces del árbol. El cajón de TNT fue colocado en lugar adecuado y Bryant volvió a subir soltando mecha del rollo.

Fisher regresó al trineo mientras sus dos compañeros se quedaban atrás poniendo fuego a la mecha.

-Bueno, ya está -dijo Wayland cuando trepaba al trineo seguido de Bryant-. Ahora sólo falta un poco de suerte. Si fallamos tendremos que repetir el intento por segunda vez.

Merril Bancroft guió el trineo a la máxima altura de que éste era capaz hasta el recodo del río. Allí detuvo la máquina.

Al producirse la explosión, un alto surtidor de agua, de lodo y de piedras subió desde el suelo a lo largo del tronco. Enormes raíces volaron por el aire mientras el gigante se estremecía, crujía y empezaba a inclinarse lentamente.

Con estruendo formidable, el árbol se derrumbó de través sobre el río, no exactamente como Wayland deseaba que cayese. Al caer la copa contra el borde del cañón del lado opuesto, el tronco se rompió por su mitad y quedó como Wayland temió que quedaría, formando un ángulo con respecto al nivel del río.

Sin embargo, Wayland no había contado con las ramas del árbol, cada una tan gruesa como un tronco de árbol terrestre, las cuales vinieron a rellenar el hueco que quedaba entre el árbol y el río.

-¡Estupendo! -exclamó Fisher-. Bevington no pasará por ahí, o al menos no podrá hacerlo sin detenerse a buscar un camino tortuoso entre las ramas. Creo que ahora deberíamos situarnos con nuestro trineo en este

mismo recodo. Desde aquí veremos los vehículos de la escolta de Bevington cuando lleguen por la recta. Apenas el último haya entrado en el recodo, saldremos disparando y los cogeremos por sorpresa contra la barrera. En ese momento debemos tener el mayor número de bocas de fuego disparando. Ágata, usted guiará el trineo y estará atenta a las órdenes que yo le dé para torcer a un lado u otro o acelerar o reducir la velocidad.

-Sí, señor Fisher.

El tono de la respuesta de la muchacha hizo que Bancroft volviese la cabeza para mirar insistentemente de Ágata a John Fisher.

-Adelante, Merril. Lleve el trineo hasta allí y métalo de popa entre aquellos dos árboles -dijo John.

Bancroft obedeció haciendo retroceder la máquina hasta que ésta quedó oculta por los árboles. Luego el trineo se posó suavemente en el suelo aplastando la alta hierba.

* * *

El desfiladero donde los «comandos» se hallaban apostados quedaba aproximadamente a 200 kilómetros de Eureka. Fisher calculó en una hora el tiempo que Bevington habrían invertido en aquel recorrido. Concediéndole otra hora para volver y suponiendo que empleara como mínimo una hora en su visita a la factoría, Bevington tardaría alrededor de tres horas en volver a pasar por el desfiladero.

Bevington llevaba casi una hora de ventaja a los «comandos», y éstos habían perdido algo más de otra hora explorando el desfiladero y derribando el árbol. Una hora llevaban apostados allí esperando el regreso de Bevington. Por consiguiente, éste debía estar para llegar de un momento a otro.

Fisher, a quien la prolongada espera estaba poniendo crecientemente nervioso, volvió a asestar los prismáticos hacia el espacio que se divisaba sobre la pista acuática. La neblina que el calor hacía salir de la tierra húmeda, como de costumbre, no permitía ver muy lejos a través de ella.

Comenzó a llover. Fisher se dio a soltar maldiciones y reniegos, porque a través de la cortina de la lluvia todavía resultaba más difícil distinguir a cualquier máquina que llegara a buena velocidad por el río.

John, que como sus compañeros había vuelto a vestir el uniforme arrebatado a los gendarmes que mató en los páramos, había dejado su chaqueta de cuero en el trineo. Merril Bancroft vino corriendo bajo la lluvia para traerle la chaqueta.

-¡Oh, gracias! -exclamó John-. Llega a tiempo para evitar que me cale hasta los huesos.

-No me dé las gracias a mí. Agradézcaselo a la señorita Sebring, que fue quien procuró por usted.

John guardó silencio mientras, se ponía y abrochaba el chaquetón. La lluvia resonaba en las grandes hojas y goteaba de las viseras de los cascos de acero de los dos hombres. Bancroft dijo guiñando los ojos:

-Quiero hacerle una advertencia para que luego no se llame a engaño, Fisher. Deje en paz a la muchacha.

-¿Cómo, Bancroft?

-Que se aparte de ella, eso es lo que quiero decir. Su hermano me la confió a mí antes de morir. Me dijo que cuidara de ella.

-Es posible que lo hiciera. Bill Sebring ignoraba el episodio de aquel paseo de su hermana acompañada por usted por los alrededores de la mina... un paseo al que Elmer Bryant hubo de poner fin amenazándole con su escopeta.

Los músculos faciales de Bancroft se contrajeron.

-¿Quién le ha contado eso? -rugió-. ¡Seguro que fue ese imbécil de Bryant!

-No importa quién me lo contara, el caso es que lo sé. Consejo por consejo, Merril. No vuelva a molestar a la muchacha si no quiere que su hermosa nariz tropiece con mi puño.

-¿Le gusta la chica, no es cierto?

-Vuelva al trineo y déjeme en paz, Merril. Éste no es el mejor para empezar una discusión sobre gustos.

-¡Pero le gusta! ¿No es cierto? -chilló Bancroft.

-¡Sí, me gusta! ¿Y qué? -gritó Fisher más alto.

El ingeniero le amenazó con los puños.

-Nunca será suya, Fisher. Se lo prometo. Esa estúpida mosquita muerta...

El puño derecho de John salió disparado como una catapulta contra la nariz de Bancroft. Éste se vio sentado en mitad del barro, mirando a su enemigo con ojos inyectados de odio.

-Y ahora váyase, Merril. Vuelva al trineo -dijo John secamente.

Le volvió la espalda y regresó junto a la orilla levantando los prismáticos. Apenas acababa de hacerlo cuando divisó un objeto de forma de torta con una protuberancia en el centro que se acercaba volando a ras del río. Era un trineo.

-¡Ya están ahí! -exclamó excitado volviéndose.

Merril Bancroft estaba tras él, la pistola en la mano, contemplándole ominosamente. Los ojos de Fisher se clavaron en los del ingeniero. Éste apartó acobardado los suyos mientras decía entre dientes:

-Esto lo arreglaremos en otra ocasión.

John echó a correr en dirección al trineo gritando:

-¡Rápido, eleven el aparato! ¡Bevington ya está ahí!

Bancroft llegó detrás y trepó a la máquina cuando ésta ya empezaba a

separarse del suelo. Fisher corrió a situarse detrás de la pesada ametralladora montada sobre su soporte giratorio.

Apenas el trineo había alcanzado la máxima altura de que era capaz, cuando un objeto grande de color pardo cruzó por delante virando para tomar el recodo del río. El segundo trineo cubierto, lleno de cromados adornos, cruzó inmediatamente detrás del primero.

-¡Adelante, Ágata! -gritó John-. Vamos a interceptar al tercero.

La máquina salió hacia adelante a poca velocidad. El último trineo de la escolta se acercaba a través de la cortina de la lluvia. John hizo girar la ametralladora, apuntó al trineo y siguió la trayectoria de la máquina que iba a cruzar por delante antes de tirar del gatillo. Las trazadoras cruzaron el espacio yendo a caer sobre el trineo.

Se vio a la máquina hundir la proa en el agua, saltar lanzando a sus tripulantes por el aire y caer de nuevo boca abajo levantando un surtidor. El trineo empezó a hundirse rápidamente.

-¡Bravo, John, a ése ya lo hemos despachado! -se oyó gritar a Elmer Bryant.

-¡Al desfiladero, Ágata, aprisa! -chilló Fisher lleno de combativa excitación.

La señorita Sebring pisó el acelerador. El trineo se lanzó sobre el río zumbando poderosamente.

En este momento, el conductor del primer trineo de vanguardia descubría a través de la lluvia la barrera que formaba el gigantesco árbol cruzado sobre el río. El trineo levantó la proa y viró a la izquierda dirigiéndose contra los árboles de la orilla. Pasó rozando las extendidas ramas y se encontró avanzando a poca velocidad al encuentro del trineo de Fisher y sus amigos.

La máquina de Bevington, advertido su conductor por la maniobra de la que le precedía, tuvo tiempo de detenerse antes de estrellarse contra la barrera que obstruía el paso a una altura superior de la que era capaz de alcanzar un trineo.

Fisher hizo fuego con la ametralladora de 20 mm. contra el trineo que venía de cara. No acertó en la primera ráfaga, y la respuesta vino en forma de una rociada de proyectiles que pasaron zumbando peligrosamente cerca de su cabeza.

-¡A la izquierda, Ágata!

Wayland, Bryant y Bancroft abrieron fuego simultáneamente con las subametralladoras. Se vio al artillero enemigo soltar la ametralladora y caer contra la borda del trineo. Fisher disparó de nuevo cuando la máquina contraria ya iba a escurrirse pegada a los árboles de la orilla

Se vio saltar por el aire retorcidos pedazos de metal. La máquina, falta de fuerza sustentadora, se hundió cayendo de plano en el agua, donde flotó

siendo arrastrada por la fuerte corriente.

-¡A la derecha, Ágata! ¡Vamos por Bevington!

Mientras Ágata hacía girar a la máquina, John todavía alcanzó a ver el trineo derribado cuando embestía contra los escollos. La máquina saltó en el aire lanzando al agua a sus ocupantes, desapareció entre la espuma y volvió a reaparecer más lejos hundiéndose rápidamente.

Fisher volvió su atención al lujoso trineo aéreo de Bevington. Éste navegaba a lo largo del árbol derribado como buscando un paso a través de la barrera. John, que no estaba dispuesto a dejar escapar a Bevington bajo ningún concepto, disparó una ráfaga de ametralladora contra el elegante aparato a modo de aviso.

Pudo imaginarse perfectamente al grueso Bevington chillando con su voz de trueno: «¡Deje eso, majadero! ¡Vamos a tratar de escapar volviendo atrás!».

La máquina se dirigió hacia la orilla.

-¡Va a intentar escapar echando pie a tierra! -gritó Wayland.

El trineo de Bevington desapareció entre la lluvia y la frondosidad de los helechos gigantes que cubrían las paredes del «cañón».

-¡Sígale, Ágata! ¡Por todos los demonios, no podemos consentir que se nos escape! -rugió Fisher fuera de sí.

Ágata Sebring torció a la izquierda, lanzó su máquina a lo largo de la barrera vegetal que obstruía el paso por el río y se precipitó sin pestañear por la misma brecha en donde se había internado Bevington.

Al pie de los helechos, en la semipenumbra de la fronda, encontraron el trineo de Bevington posado en tierra. Las portezuelas de ambos lados estaban abiertas y por ellas salían varios hombres. Un par de éstos echó a correr entre los árboles, en tanto que otros dos se volvían para hacer frente a los perseguidores empuñando sus pistolas.

Mientras Ágata paraba el trineo detrás de la máquina de Bevington, Fisher disparó una ráfaga de ametralladora que derribó al suelo a uno de los hombres. Bryant disparó su metralleta contra el segundo. El hombre cayó sobre una rodilla, volvió a levantarse y siguió corriendo cojeando. Bryant hizo fuego por segunda vez. El hombre, alcanzado en la espalda, cayó pesadamente de bruces, esta vez para no levantarse más.

Empuñando su pistola ametralladora, John Fisher saltó ágilmente sobre la borda del trineo y echó a correr en persecución de los dos últimos supervivientes, el más gordo de los cuales sin duda era el propio Bevington. Oyó detrás los gritos de Wayland aconsejándole que se detuviera y esperase, pero ninguna fuerza humana hubiera sido capaz de detener a John en este instante.

La lluvia seguía cayendo torrencialmente produciendo un fuerte rumor sobre las hojas de los helechos. En el instante que pasaba entre dos de estos

árboles, un balazo se clavó en uno de los troncos a la altura de su cabeza.

John saltó detrás de un tronco y asomó la cabeza. Un hombre que vestía el uniforme verde de los gendarmes de Bevington, con muchos galones y entorchados, se hallaba parapetado detrás de un helecho con una pistola. Más allá, un tipo de grandes espaldas que vestía chaqueta caqui y calzaba altas botas de montar, se escurría entre la fronda.

John sacó la pistola y disparó dos veces. Los dos disparos dieron en la corteza del helecho que protegía al guardaespaldas de Bevington. El hombre perdió la serenidad, se apartó del árbol y echó a correr.

El certero disparo de Fisher le alcanzó en la espalda derribándole en el suelo.

Fisher echó a correr, saltó sobre el cuerpo del hombre que acababa de derribar y se internó en la espesura. Detrás podía oír los pasos precipitados de Wayland y Bryant. Delante se escuchaba el rozar de las grandes hojas al ser apartadas por el hombre que huía. El río sonaba al fondo y sobre su cabeza rumoreaba la lluvia.

De pronto, al atravesar un macizo de verdor, vio las espaldas de Bevington ante él.

-¡Alto, Bevington! ¡Alto o disparo!

Bevington se detuvo. Se volvió. En la mano tenía una pistola automática, y por un momento pareció indeciso bajo la amenaza del arma de su tenaz persecutor.

-¿Quién es usted? ¿Qué quiere? -jadeó Bevington clavando en Fisher sus ojos de besugo.

Era un hombre grande, macizo y pesado. Tenía la piel oscura, grandes bolsas bajo los ojos y una boca grande de labios hinchados y amoratados. Fisher le contempló con curiosidad. Todo su odio contra aquel hombre había desaparecido ahora que le sabía en sus manos. Él era dueño de la vida de aquel loco que hizo temblar al mundo, y el hombre lo comprendía y tenía miedo.

-Deje caer esa pistola, Bevington. No se lo voy a repetir dos veces.

La masa de verdor se abrió y Bryant y Wayland aparecieron uno a cada lado de Fisher empuñando sus metralletas.

-Veo que lleváis uniforme de mi guardia. ¿Es esto una traición? ¿Quiénes sois vosotros? -Bevington trataba de dominar a sus enemigos haciendo alarde de su magnética personalidad.

-Mi nombre es John Fisher. Soy cosmonauta de las Reales Fuerzas Aéreas de Su Majestad Británica. Por orden del Rey queda usted detenido, Henry F. Bevington.

Bevington sonrió al mismo tiempo que dejaba caer su pistola.

-Temí que fuera algo peor -dijo.

CAPÍTULO VIII

Al saltar con las manos esposadas de su lujoso trineo, después de contemplar la espaciosa cabaña de troncos y mirar en rededor, Henry F. Bevington clavó sus interrogantes ojos en el comandante Fisher.

-¿Dónde tienen su cosmonave? -preguntó.

-No tenemos cosmonave, señor Bevington.

Bevington quedó mirando a John con asombro. Luego se echó a reír. Rió a carcajadas hasta que le saltaron las lágrimas, contorsionándose bajo el sombrío ceño de los cuatro hombres y la muchacha que le rodeaban.

-¡Oh, divertido! -exclamó con sus ojos llenos de lágrimas-. ¿De modo que no tienen siquiera aeronave? ¿Cómo piensan conducirme a presencia de su Graciosa Majestad Británica? ¿ANDANDO?

De nuevo Bevington se rió con la risa crispada de los alineados.

-No es tan divertido, Bevington -dijo Wayland secamente-. En último caso, si la cosmonave tarda demasiado, también podemos ahorcarle aquí.

Bevington dejó de reír. Lanzó una furibunda mirada sobre Wayland y gruñó:

-No, ustedes no harán eso. No se atreverán.

-¿Qué se apuesta a que sí?

Bevington, dando muestras de desazón, volvió la cara a otro lado rehusando contestar.

Le llevaron a la casa.

Al mirar a su alrededor las lisas paredes y los escasos y toscos muebles que él mismo había ayudado a construir con sus propias manos, John se sintió en cierto modo como el viajero que regresa al hogar tras larga y añorada ausencia. Ésta no era todavía su meta definitiva, pero se sentía muy cerca de ella.

En general, todos los «comandos» mostraban expresión alegre y optimista cuando poco después se sentaron alrededor de la mesa,

-Nuestro muy ilustre invitado debe sentir apetito -dijo Bryant jocosamente mirando a Bevington-. Tal vez después de los postres hasta nos haga un discurso.

-¿Cuánto tardará en llegar su aeronave? -preguntó Bevington con expresión sombría.

-No queremos que empiece a impacientarse tan pronto, señor Bevington -dijo Bryant echándose a reír-. La cosmonave todavía tardará en llegar.

-O tal vez no llegue nunca -agregó Merril Bancroft lúgubremente.

Bryant hizo una mueca violenta y Fisher descargó un colérico puñetazo sobre la mesa mirando a Bancroft con ojos furiosos. Bevington miró sucesivamente a los rostros de los cuatro hombres y la muchacha. Una

sonrisa de triunfo arqueó sus sensuales labios.

-Me lo figuraba -dijo-. Ustedes no forman parte de ningún grupo organizado para darme captura y conducirme a la Tierra. Probablemente escaparon de alguna mina o un consulado británico y están actuando por su cuenta y riesgo.

-Se equivoca, Bevington -repuso Wayland abruptamente- Este muchacho es verdaderamente un oficial de la Reales Fuerzas Aéreas. Llegó a Ganímedes hace algunas semanas con un grupo de «comandos» cuya misión específica era capturarle a usted vivo o muerto. El comandante Fisher no tuvo suerte. Su aeronave fue derribada y sus compañeros murieron. Pero él no se desanimó. Perseveró en el propósito que le había traído de tan lejos a este planetoide maldito, y es evidente que logró salirse con la suya. Ahora usted es su prisionero, Bevington.

Bevington dominaba ahora la situación. Sonriendo a John dijo:

-Tal constancia en un propósito merece ser elogiada, comandante Fisher. Lástima que su esfuerzo estuviera encauzado hacia una empresa estéril. En efecto, soy su prisionero. Pero usted a su vez es prisionero de Ganímedes, y yo soy dueño de Ganímedes. Es como si usted me tuviese cogido de la mano, y yo tuviese mi pie sobre su garganta. ¿No es así, comandante?

-No se haga ilusiones, Bevington -repuso John secamente-. No ha de quedar por falta de medios de transporte que usted no sea conducido a la Tierra. Y no será una sola aeronave la que venga a llevarle, sino una flota de cosmonaves de todas las banderas del mundo con soldados y armas para aplastar de una vez su quimérico reino. Tal vez esos soldados no encuentren mucha resistencia. Su banda de ex gángsteres, ex pistoleros y ex presidiarios, no conservará su unidad mucho tiempo después que se haya eclipsado usted. Cada antiguo jefe de «gang» formará su propia banda y como es costumbre entre ellos, unas bandas se liquidarán a otras hasta que quede un hombre en pie. Eso puede tardar dos semanas, dos meses o dos años. Pero inevitablemente llegará como acaba por llegar la justicia allí donde se la atropella. Yo le aconsejo que se tome la espera con calma. Con el tiempo, todo llegará, incluso esa cosmonave que tal vez no ha ya sido empezada a ser construida todavía en la Tierra.

-Está usted fanfarroneando, señor Fisher -dijo Bevington-. En efecto, no sólo no se ha empezado a construir todavía la cosmonave que vendrá por mí, sino que tampoco se ha sembrado el cáñamo con el cual se ha de fabricar la cuerda para ahorcarme. Ganímedes es una isla solitaria en medio del espacio, a más de quinientos millones de kilómetros de distancia de la Tierra. Las Naciones Unidas necesitarán años para reunir una flota de cosmonaves capaz de transportar un ejército de invasión a Ganímedes. Usted lo sabe. Lo saben también en la Tierra, siendo por esa razón que le

han enviado a usted para capturarme vivo o muerto. Lo que ustedes ignoran es que, aun sin mí, mi ejército de ex presidiarios conservará su unidad. Mis hombres saben lo que les espera si permiten que los soldados de las Naciones Unidas pisen el suelo de Ganímedes. Todos ellos cuentan con su propia experiencia del trato que deben esperar de la justicia de la Tierra. Los más significados de mis capitanes son culpables de los crímenes cometidos en Ganímedes, y lo son porque yo les impulsé a asaltar y degollar y destruir las propiedades y las personas de los consulados y minas extranjeras. Ellos no son tan tontos que esperen clemencia de los jueces. Por lo tanto lucharán hasta el último hombre y la última gota de sangre defendiendo el bastión que para ellos representa este planetoide. En realidad, señor Fisher, la fecha en que un ejército de invasión pueda desembarcar en Ganímedes está tan lejana que más vale no pensar siquiera en ella. Usted podría hacer algo mejor que malgastar sus energías huyendo y obligándome a huir de las patrullas que vendrán en mi busca. Lléveme a Resurrección. Su tontería de hoy será olvidada y le cubriré de riquezas y honores. Tal vez llegue con el tiempo a ser nombrado Almirante de mi flota de cosmonaves. ¡Eh! ¿Qué le parece?

John Fisher guardó silencio mirando a aquel loco con pupilas furiosas. Fue Wayland quien, con una mueca de asco, dijo a Bryant:

-Elmer, llévate a ese sapo de aquí. Siento que su sola vista me revuelve el estómago.

El capataz se puso en pie, echó la zarpa al cuello de Bevington y lo alzó de un tirón de la silla. Bevington, que había sido liberado de las esposas para comer, luchó resistiéndose a Bryant. Éste le tiró al suelo, le clavó la rodilla en la espalda, le colocó las esposas y lo hizo levantar de nuevo cogiéndole por el cuello de la chaqueta.

Un puntapié en las posaderas impulsó a Bevington dentro de su habitación mientras Elmer Bryant gruñía:

-Tira para delante, bribón.

La puerta se cerró tras los dos hombres. Poco después se escuchó un golpe y un alarido de dolor. Nuevos golpes y ayes hicieron palidecer a Ágata Sebring. Wayland la tranquilizó:

-No se preocupe, Elmer no acabará con Bevington esta vez.

En efecto, Bryant salió poco después frotándose las manos diciendo:

-Me propuso en voz baja que le ayudase a escapar. Le propiné dos tortas y echó a llorar. ¡Vaya un profeta!

* * *

Decidieron que uno de ellos al menos permanecería siempre en la casa si por cualquier circunstancia los demás tuvieran que ausentarse. Además, a intervalos regulares, saldría otro a dar una batida por los alrededores a fin

de prevenir la posible llegada de alguna patrulla de las que sin duda estarían buscando a Bevington por todas partes.

Nunca dormían todos al mismo tiempo, sino turnándose. Cuando Elmer Bryant y Merril Bancroft descansaban, Fisher y Wayland vigilaban y viceversa.

Durante las dos primeras semanas después de su regreso, estas normas fueron observadas escrupulosamente, reinando entre los acampados cierta tensión que se manifestaba en un sobresalto por la más mínima cosa. Transcurrida la tercera semana empezaron a sentir cierta sensación de alivio, y al mes respiraron con desahogo al escuchar ciertas noticias difundidas por radio, las cuales escucharon en los receptores de los trineos.

Al parecer, durante las primeras semanas, los lugartenientes de Bevington ocultaron la desaparición de éste mientras las patrullas registraban furiosamente la selva. Luego, los rumores de la muerte de Bevington debieron cobrar demasiada insistencia para poderse ocultar la noticia durante más tiempo.

Fisher, que iba con frecuencia al garaje de la parte de atrás para escuchar la radio de lujoso trineo de Bevington, se encontraba casualmente junto al receptor cuando la emisora de Resurrección anunció que iban a aclararse algunos puntos relacionados con los disturbios que acababa de vivir la ciudad.

Ésta fue la primera noticia que tuvo Fisher de que se hubieran producido disturbios, y se apresuró a llamar a Wayland asomando a la puerta de la cocina que daba al patio trasero.

Wayland y también Bryant acudieron mientras Bancroft se quedaba en la casa, fiel a la consigna de no alejarse de la puerta de la habitación del prisionero bajo ningún pretexto. Uno de los lugartenientes de Bevington, un ex presidiario llamado Honor Trimpley, estaba hablando por la radio.

Dijo Trimpley que el levantamiento subversivo de los «traidores» había sido ahogado en sangre. Una Junta de la que él era el jefe había asumido el poder temporal del reino en ausencia de Bevington, al cual se seguía buscando «activamente».

-Dictador tenemos a la vista -dijo Wayland-. Apuesto que el tal Trimpley, pese a su nombre de pila, no hace honor a su palabra ni se esfuerza demasiado en encontrar a Bevington.

Fisher iba a contestar cuando fue interrumpido por un agudo grito desde la casa.

-¡Dios mío, es Ágata! -exclamó John. Tiró a Bryant al suelo de un empujón, salió de la cabina del trineo y se lanzó corriendo hacia la casa.

-¡Socorro! -gritó Ágata.

Fisher se encontraba a doce metros apenas de la casa cuando Ágata Sebring salió alocadamente por la puerta de la cocina, corrió sollozando a

su encuentro y se arrojó impetuosamente en sus brazos. Por encima de la cabecita rubia que se apoyaba en su hombro, los furiosos ojos de Fisher alcanzaron a ver a Merril Bancroft enmarcado en la estrecha puerta de la cocina.

-Conmovedora escena -exclamó Bancroft sarcástico-. El caballero acude en auxilio de su enamorada dama defendiéndola del dragón de las cuatro cabezas.

Bryant y Wayland llegaron al lado de John y la chica.

-Dígame, Ágata. ¿Qué le hizo este salvaje? -interrogó John.

-Nada. ¡Nada! -sollozó la muchacha.

Merril rió cínicamente abriendo los brazos como en demanda de comprensión.

-No pude hacerle nada, compréndalo. No tuve tiempo.

-¡Canalla! -rugió Fisher apartando a la joven a un lado-. Yo te enseñaré a ser más educado con las mujeres.

-¡John, no, déjale! -gritó la chica corriendo detrás de él.

-¡No, déjale! -imitó Bancroft burlonamente la voz de la muchacha. Sus ojos llamearon en súbito estallido de rabia-. ¡Imbécil! ¡Él asesinó a tu hermano! ¿Y encima te insinúas a él sin pudor y sin vergüenza? ¿De qué pasta estás hecha, Ágata Sebring?

Bancroft llevaba la pistola colgando del cinto al costado, y Fisher llevaba la suya también. Los dos hombres se enfrentaron.

-¿Cómo lo prefiere, Merril? ¿Sacamos las pistolas, o prefiere los puños?

Bancroft desabrochó su cinturón dejándolo caer.

-Muy bien -dijo John desabrochando el suyo.

Bancroft saltó sin previo aviso. En Ganímedes, con su pequeña fuerza de gravedad, cualquier hombre normal de la Tierra podía parecer un atleta. Merril saltó tres metros como un proyectil y golpeó la cabeza contra el estómago de Fisher.

Los dos hombres rodaron por la hierba.

Sólo Merril se levantó. Aquel golpe había sido terrible para Fisher, el cual se retorcía de dolor en el suelo apretándose el vientre con ambas manos.

-¡Merril, puerco! -gritó Bryant-. ¡Eso es jugar sucio!

-En la guerra, como en el amor, valen todas las artes -repuso Merril.

-Entonces será válido también que yo me ponga de parte de John.

Los dos hombres iban a arrojarse el uno sobre el otro cuando el propio John dijo incorporándose:

-Déjale, Elmer. Yo solo terminaré con él.

Bancroft se volvió sonriendo. Era tan alto como Fisher y un poco más pesado. Bancroft atacó impetuosamente con la evidente intención de aprovechar su ventaja antes que se disiparan los efectos de su cabezazo

contra el vientre de su contrario.

La respuesta de John consistió en un fulminante derechazo que, pasando a través de la guardia de Merril, alcanzó a éste en la punta de la barbilla y lo alzó medio metro del suelo tirándole de espaldas sobre la hierba.

-¡Muy bien, John! ¡Así se pelea! -gritó Bryant empezando a brincar alrededor de los luchadores-. ¡Ataca ahora! ¡No le dejes respirar!

Fisher, por el contrario, esperó que su enemigo se incorporara. En realidad, Bancroft no acabó de incorporarse del todo. La pequeña fuerza de gravedad del planetoide le permitió saltar con la agilidad de una pantera al cuello de Fisher.

Los dos hombres rodaron de nuevo por la alta hierba propinándose furiosos puñetazos. Merril quedó debajo, pero habiendo conseguido interponer una rodilla entre él y su enemigo, flexionó ésta lanzando a John por el aire a cinco metros de distancia.

Merril se puso en pie de un brinco. De un segundo salto se precipitó sobre Fisher, pero éste rodó a un lado y el ingeniero fue a estrellarse contra el suelo.

Fisher lo agarró por el cuello, lo levantó y le aplicó un gancho bajo la barbilla. Merril salió reculando contra la pared de troncos de la casa. John le siguió hasta allí, le hundió el puño en el estómago y lo enderezó cuando se encogía con otro demoledor gancho en la mandíbula.

Bancroft, cogido ahora contra la pared, se debatía inútilmente tratando de alcanzar el rostro de su odiado enemigo.

John le abrió una ceja de un puñetazo, le partió los labios y le cerró un ojo en sucesivos y contundentes golpes. Bancroft era ahora un pelele que danzaba de un lado a otro a impulsos de los puñetazos de su enemigo.

Fisher, por último, lanzó sus 80 kilogramos terrestres de peso con su puño contra la frente de Bancroft.

La cabeza de Merril golpeó brutalmente contra los troncos de la casa. Cayó fláccidamente y rodó por la mullida hierba sin sentido.

-¡Cáspita! -exclamó Bryant llegando junto a Fisher-. ¿Lo has matado, muchacho?

Ágata Sebring se cubrió el rostro horrorizada lanzando un grito.

Wayland vino a inclinarse sobre el exánime Bancroft.

-Sólo está desvanecido -dijo.

John se acercó a la muchacha. Ella de pronto apartó las manos, le miró y se arrojó sollozando en sus brazos.

-¡No quiero verle más! ¡No quiero verle! -gimió abrazándose al cuello del cosmonauta. De pronto se apartó un poco para escrutarle el rostro-. ¿Te encuentras bien?

Fisher la besó impulsivamente en los labios, en la barbilla y los ojos.

Wayland y Bryant desaparecieron por la puerta llevando entre ambos al desvanecido Bancroft.

-John, te amo -suspiró Ágata-. No vuelvas a dejarme sola con ese hombre. Es malo. ¡Oh, sé que es malo!

En el cerco de los brazos de Fisher y el calor de sus besos, ella debió encontrar la sensación protectora de una montaña.

CAPÍTULO IX

La situación se había hecho muy tirante entre Fisher y Bancroft.

Wayland había amonestado severamente a su ingeniero, pero en realidad no podía poner en práctica ninguna de sus amenazas. No podían obligar a Merril a marcharse, pues el abandono de Bancroft en plena selva equivaldría a sentenciarlo a muerte. Tampoco podían marcharse Fisher ni Ágata. El peligro en que todos se hallaban exigía por el contrario la unidad de un grupo tan reducido.

-Bancroft, se está convirtiendo usted en algo tan peligroso como un perro rabioso -dijo Wayland al ingeniero-. Si vuelve a molestar a la chica, temo que me veré obligado a sacarle fuera y pegarle un tiro.

-Ella no me interesa en absoluto -dijo Bancroft con desprecio-. Sólo pretendía hacerla rabiar.

Esta explicación acaso satisficiera a Wayland, aunque en modo alguno tranquilizó a Fisher. Lo que hizo Wayland fue establecer un turno de guardia por parejas, de modo que Fisher tuviera pocas oportunidades de encontrarse con su rival.

Mientras tanto, la preocupación de no hacer nada que pudiera atraer las patrullas que recorrían la selva había impedido a los fugitivos utilizar sus armas para cazar. Durante aquellas semanas se habían alimentado exclusivamente de las escasas conservas que traían consigo en el trineo al abandonar la mina, pero las reservas de estas provisiones habían menguado considerablemente.

Tres días después de escuchar las noticias de los disturbios de Resurrección, después de haber terminado su turno de guardia y llamar a Bancroft y Bryant, Peter Wayland cogió la escopeta e invitó a Fisher a salir con él de cacería. Wayland dijo haber visto un pequeño lagarto (pequeño quería decir de ocho metros de cabeza a cola) de carne muy buscada por lo sabrosa.

Fisher cogió su metralleta y le siguió.

El día era algo más despejado de lo que acostumbraba a ser en aquellas latitudes y el enorme disco de Júpiter brillaba opacamente a través de la bruma en el horizonte. Un pequeño río discurría al pie de la empinada ladera donde se levantaba la cabaña, escondida ente los helechos junto al farallón.

En aquel riachuelo había visto Wayland el lagarto cuando salió a dar su batida acostumbrada una hora antes.

Wayland, como Bryant, era un apasionado cazador. Fisher, por el contrario, sentía poco entusiasmo en la persecución de aquella pieza y todo era lanzar miradas atrás, hacia el lugar donde se encontraba la casa.

-Vaya, John, no tiene nada que temer de Bancroft estando Elmer con la

chica -dijo Wayland.

-Sé que usted no hablaba en serio cuando dijo de pegarle un tiro a Bancroft si volvía a molestar a Ágata -dijo Fisher-. Pero yo sí se lo pegaré si vuelve a repetirse lo del otro día.

-¡Bah! Merril sólo pretendía hacerla rabiar. Eso es lo que dijo.

-Usted no creerá que eso sea cierto.

-No, por descontado. Conozco a Merril. Está despechado. La rabia le recome, simplemente porque usted ha conseguido lo que él no pudo conseguir jamás de la chica. Es un sádico. Le enviaron a Ganímedes precisamente por haber intentado atropellar a una mujer.

-¡Peter! -exclamó John ahogadamente-. ¿Por qué nunca me dijo eso? ¿Era Bancroft un presidiario como los demás que trabajaban en la mina?

-Sí, lo era. Aunque bajo un régimen distinto, naturalmente. Bancroft tenía amigos influyentes. Se echó tierra al asunto para evitar el escándalo y enviaron al muchacho a Ganímedes para que se curara aquí su manía de perseguir a las mujeres. Para un tipo como él debió ser un castigo muy duro. Hasta que Ágata llegó hace un año huyendo de la peste que azotaba la Tierra. Bancroft llevaba meses sin ver una mujer.

-¿Bill Sebring sabía eso?

-Bill, Bryant y yo éramos los únicos que lo sabíamos.

-Entonces fue por eso que Bill aleccionó a su hermana para que evitara la compañía de Bancroft.

-Bill era un buen muchacho. Hizo buena amistad con Bancroft y en cierto modo se proponía regenerarle. Muestra de su lealtad para con su amigo fue que ocultó a su propia hermana el defecto de Bancroft.

Fisher asintió lentamente con la cabeza en silencio.

Cerca de allí, los altos juncos inmediatos fueron removidos por alguien que corría a esconderse.

-¡El lagarto! -siseó Wayland-. Silencio ahora, no se mueva.

Wayland estaba encaramado sobre una peña y era evidente que desde allí veía al reptil. Se echó la escopeta a la cara, apuntó con cuidado y disparó.

Como un eco del escopetazo se escuchó otro tiro lejano.

-¡Le acerté! -gritó Wayland jubiloso.

John estaba vuelto en dirección al alto risco a cuyo pie estaba la cabaña oculta por los helechos.

-Fisher, venga a ver la pieza.

-¿No oyó usted eso, Wayland?

-¿Qué?

-Un disparo. Cuando usted disparó, se escuchó inmediatamente otro tiro.

-El eco del mío al rebotar en el farallón.

-No. Fue antes que se escuchara el eco de su disparo. Y era un ruido distinto del eco que llegó a continuación.

-Por Dios, John, no quiera ponerme nervioso. Sería el colmo de la mala suerte que hubiera alguna patrulla de «bevines» por aquí cerca para escuchar nuestro disparo.

-El disparo venía de la casa.

-Hombre, Fisher...

Sin escuchar a su amigo, John echó a correr por la ladera en dirección al bosquecillo de helechos. Se encontraba a media pendiente cuando oyó un grito de Ágata.

Aquel grito, inconfundiblemente de mujer, apresuró el movimiento de las piernas de John. Prácticamente volaba pendiente arriba dando zancadas de tres metros de longitud. Entró en el bosquecillo, cruzó por entre los árboles, saltó sobre un tronco derribado e irrumpió en el pequeño claro donde se levantaba la cabaña.

Un hombre salió tambaleándose por la puerta. Era Bryant. La mano con la cual se oprimía el vientre estaba manchada de sangre.

-Bancroft... Bevington... el trineo...

No dijo más. Cayó en redondo sobre los tablones del pórtico.

Aferrando la metralleta en su mano, John se desvió para dar la vuelta a la casa.

Al doblar la esquina se detuvo lanzando una ahogada exclamación de rabia. Bancroft luchaba a brazo partido con Ágata Sebring intentando meterla a viva fuerza en el compartimento posterior del lujoso trineo de Bevington, que estaba fuera de la cochera y tenía el motor en marcha.

Bevington arrojaba en este momento un hacha encendida dentro del trineo militar apresado por John a los gendarmes.

Debía haber amontonado algunos algodones empapados de aceite, pues una llama salió de la carlinga de la máquina arrojando una negra bocanada de humo.

-¡Deje a la chica y vámonos! -chilló Bevington corriendo hacia su trineo. En la mano llevaba una metralleta.

De pronto Bevington vio a Fisher y se detuvo en seco. Abrió los ojos con expresión de asombro y espanto. Empuñó la metralleta.

Fisher hizo fuego con la suya desde la altura de la cadera.

Bevington pegó un brinco terrible, giró sobre sí mismo disparando al aire y cayó violentamente de bruces.

Bancroft volvió la cabeza y vio a Fisher. Reaccionó como picado por una víbora dando un salto y empujando a la muchacha de modo que ésta quedó interpuesta como escudo entre él y el cosmonauta.

-¡Merril, cobarde, suelta a la chica! -rugió Fisher avanzando.

Bancroft sacó su pistola y disparó parapetándose tras Ágata; saltó

ágilmente de costado y la bala alcanzó a Fisher en el muslo y le derribó en tierra.

-¡John! -gritó agudamente la aterrada muchacha.

-Tu John ha terminado -rugió Merril empujándola hacia el trineo de nuevo-. ¡Vamos, sube!

Ágata reaccionó de pronto con la furia de una gata. Cogió una muñeca de Bancroft, cargó a éste sobre sus espaldas y se inclinó bruscamente. Bancroft sólo pesaba en Ganímedes la séptima parte de su peso normal en la Tierra. La muchacha le volteó con facilidad tirándole de espaldas al suelo.

Libre ya, la muchacha echó a correr alocadamente en dirección a Fisher. Por detrás de ella, Bancroft se incorporó sobre una rodilla apuntándole a la espalda con la pistola.

-¡Ágata! -gritó John saltando en pie.

La muchacha tropezó y cayó. Fisher apretó el gatillo barriendo de un lado a otro con la metralleta por encima de la cabeza de Ágata Sebring.

La ráfaga de ametralladora alcanzó a Merril Bancroft en mitad del pecho. Cayó de bruces con los brazos abiertos. Y ya no se movió.

Peter Wayland apareció en este momento doblando la esquina por detrás de Fisher. Se detuvo a contemplar gravemente la escena; Bevington caído a medio camino entre el trineo que ardía y su lujosa máquina cromada, Bancroft tendido junto a este último trineo.

También Ágata Sebring se incorporó mirando sorprendida a su alrededor. Vio dos cadáveres, lanzó un gemido y corrió a arrojarse en los brazos de Fisher.

Fisher tuvo que morderse los labios para contener un grito de dolor.

-¡John...! ¡Oh, John! -sollozó la muchacha sobre el hombro del cosmonauta-. Fue terrible. Merril disparó a bocajarro contra Bryant, abrió la puerta del cuarto de Bevington y le invitó a salir... Iban a escapar juntos... ¡y querían llevarme consigo, John!

-Bancroft quería llevarte consigo, Ágata. A Bevington poco podías importarle. Bevington era astuto... condenadamente listo. Supo aprovecharse de nuestras desavenencias y de la envidia de Merril para utilizar ambas cosas en beneficio propio. Supongo que en alguna ocasión hablaría a solas con Merril prometiéndole honores y riquezas si le ayudaba a escapar, eso lo hizo con todos nosotros. Pero solamente Merril aceptó, y lo hizo por venganza, por el malvado deseo de tomarse revancha...

Wayland, que estaba examinando a Bancroft, se incorporó y dijo:

-Éste ya no volverá a molestarla más, señorita Sebring.

Fue hacia Bevington, se inclinó sobre éste y lo auscultó. Se puso de pie.

-¿Está muerto? -preguntó Fisher.

-Sí. Al fin se salió con la suya. Ningún verdugo le ahorcará. Su alma va

camino del infierno para rendir cuenta de sus muchos crímenes... y algo habremos ganado. En lo sucesivo, ya no tendremos que vivir pendientes de él. Ahora no hace falta que nadie le vigile.

-¿Y Elmer? -preguntó John recordando de pronto al fiel capataz.

-También ha muerto. Estamos solos nosotros tres -Wayland, súbitamente envejecido, se acarició su roja barba-. Voy a apagar ese fuego.

Fisher cojeaba al alejarse hacia la casa apoyado en el hombro de su novia.

-Tendrás que cuidar de mi herida, Ágata. Esta condenada atmósfera de Ganímedes tiene un no sé qué que emponzoña todas las heridas.

-Tenemos desinfectantes, antibióticos y...

La joven se interrumpió de pronto, pues comprendió que Fisher no se refería a la ponzoña de esta clase de heridas, sino a otras lesiones del espíritu del estilo de las que impulsaron a hombres como Bancroft y Bevington a cometer los más repugnantes crímenes.

Los dos se detuvieron. Ella le echó de nuevo los brazos al cuello y sollozó sobre su pecho.

-¡John, cuánto miedo he pasado!

-La pesadilla terminó -prometió Fisher-. Todo lo que nos queda por hacer es que el reino de Bevington se caiga por sí solo podrido a pedazos. En cualquier momento, la gente de principios reaccionará contra esa cuadrilla de pistoleros que se disputan el trono de Bevington como lobos. Tal vez podamos utilizar la emisora de Resurrección más pronto de lo que esperábamos para pedir una cosmonave a la Tierra, y luego...

Ella alzó su rostro y le miró. John Fisher se inclinó para depositar un beso de esperanza en sus tibios labios.

FIN

Desde hacía muchos siglos, los sabios de la Tierra creían en la existencia de unos seres extraños y poderosos, pero nadie los había visto. Fue necesario que los mandos de una aeronave sufrieran una avería para que un grupo de científicos se tropezasen con

LOS HOMBRES GUSANO DE CERES

La terrible lucha que se desencadena entre los terrícolas y aquellos seres demoníacos, constituye uno de los relatos más originales nacidos de la pluma, con sensación cinematográfica de

LEO MACDONAL

Las bellezas de Ceres, el mayor y más hermoso de los asteroides, contrasta con el tenso dramatismo de una guerra sin cuartel donde

LOS HOMBRES GUSANO DE CERES

muestran una naturaleza prodigiosa.

LEO MACDONAL

se supera a si mismo en este relato repleto de tenso dramatismo, que se publicará en el próximo número de la sugestiva Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: 7 pesetas.